

EL HALCÓN



por
ARNALDO VISCONTI



PROVENSA!

El HALCON



EDITORIAL  BRUGUERA

Es propiedad del Editor.
Reservados los derechos.

IMPRESO EN
EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA



CAPÍTULO I

TRES ASOCIADOS

La bala pasó silbando agudamente, como un moscardón irritado, por encima del hombro derecho de Humphrey Beaugard, el cual, instintivamente, se había agachado.

La segunda bala le perforó limpiamente, el sombrero de fieltro y fué a hincarse con un ruido de taconazo en el respaldo del diván.

La tercera latigüeo en el vacío, porque Humphrey Beaugard, abandonando su agachada postura defensiva, acababa de saltar hacia un sillón, que volcó, parapetándose tras el ancho mueble, cuyo cuero relleno de crin y corcho, constituía un atrincheramiento eficaz.

Engarfió la diestra alrededor de su pistola, encañonándola hacia el umbral de la habitación de donde había partido los disparos.

En la otra sala, que era el vestíbulo de entrada al pequeño caserón solitario de las afueras de Washington, habitado por Humphrey Beaugard, el oficial de marina Norman Trevors, invisible, porque se agazapaba tras otro sillón de idéntica contextura al que encubría a Humphrey Beaugard, habló con sequedad y en sus palabras alentaba una inexorable decisión:

—Ríndete, Humphrey. Te disparé porqué me recibiste a tiros, cosa que yo tenía prevista. Pero no he tirado a matar... Si no lanzas hacia aquí tu arma, mi próximo blanco será tu cerebro de asesino.

Humphrey Beaugard, enjuto y aparentemente flemático, era un individuo de rostro melancólico. Daba una repentina impresión de ser un sujeto triste, infinitamente triste...

Su voz no tenía casi vibración; cuando habló lentamente sin variar de postura:

—Te creí amigo, Norman. No obstante, tu visita esta noche ha sido de representante armado de la ley. Reconozco que tienes práctica en esta clase de visitas. Supiste abrir la puerta con la misma rapidez con que elegiste el mejor de mis sillones para "dialogar" conmigo.

Norman Trevors cautelosamente rozó con la sien en el suelo para intentar desde aquella posición sorprender algún punto visible de la anatomía de Humphrey Beaugard.

Pero su ejercitado oído, así como sus bien entrenados reflejos, le hicieron retroceder el cuello con celeridad.

La bala disparada por Humphrey Beaugard rebotó contra el suelo encerado, exactamente en el mismo lugar donde una fracción de segundo antes, estaba la frente del oficial de marina.

—Lo siento, Norman. Nunca hubiera supuesto que tuviera que matarte. Fuimos a universidad juntos, ¿recuerdas?

El diálogo de los dos hombres, cada uno de ellos parapetado tras un sillón y hablándose desde una distancia de cinco metros a través del marco abierto que comunicaba las dos habitaciones, tenía carices de incongruencia de juego.

Pero las dos pistolas eran las que realmente aguardaban la ocasión y las palabras eran sólo un especial sedante para los nervios tensos.

—A quien me hubiese dicho que tú, Humphrey Beaugard, ibas a convertirte en un jefe de salteadores de Bancos, le hubiese roto la mandíbula —y el oficial de marina rió amargamente—. Te apreciaba mucho, Humphrey Beaugard. Para los otros eras un taciturno reservado y arisco. Para mí, el mejor amigo. Y... esta noche he encontrado la pista del que ordenó y planeó el ataque del "Army-Bank".

—Fué una lástima. Eran varios millones... y fracasó por un entremetido cajero.

—¡Un valiente! Un honrado americano al que los asesinos de tu calaña no le impusieron temor. Lo mataste, Humphrey. Murieron también bajo tus balas y las de tus cómplices Otros cuatro infelices antes de que lograrais huir... ¿Para qué, Humphrey, para qué toda esta matanza?

—Me habían visto. Tuvimos que huir porque ya la gente del poblado, rodeaba el Banco. Me cubrí el rostro y nadie, sabe quién fué el cabecilla de los salteadores. ¿Quieres saber qué otro motivo hubo en la matanza? Estoy sin dinero, Norman, y mi bufete no produce ganancias.

—¡No!

—Bien sabes, que es cierto. Me metí en negocios y fracasé.

—Eso lo sabía. Si he negado, era porque tu motivo, tu pretexto para asesinar a mansalva, atracando un Banco, es anormal. Debí adivinar que eres un anormal, Humphrey. Un anormal, con impulsos morbosos.

La voz del oficial de marina, vivió ahora con cierto temblor:

—Ríndete, Humphrey.

—No quiero sentarme en el banquillo de acusados, ni subir después al patíbulo.

—Atiende, Humphrey. Por ser el Banco asaltado, una filial de los que financian a los navieros, me encardaron a mí la investigación. Logré dar con tu pista y he venido a capturarte. Me pareció que lo debía hacer yo solo y personalmente, porque yo, en parte, soy culpable por no haber sabido adivinar antes que era un criminal en ciernes, el hombre que muchas veces se sentaba a cenar con mi esposa y mi niña. He venido a capturarte, o a matarte, Humphrey, y lo haré.

Te iré explicando ahora lo que voy a hacer. Arrastraré el sillón hasta la puerta de salida de tu caserón. Esta puerta que está a mis espaldas. La abriré y dispararé al exterior Aunque vivas en un paraje solitario, mis disparos al exterior atraerán gente. No tardarán en venir. La alarma cundirá y no podrás escapar. Ríndete, Humphrey Beaugard.

—Ya conoces mi lema, Norman. Mi lema de hombre de negocios y que no he abandonado. Cuando emprendo un negocio lo sigo hasta el fin con todas sus consecuencias. Tú has sido el único hombre que me inspiró cierta amistad. Pese a ello, no vacilaré en rellenarte de plomo. A mí no me cogen para atarme las manos y meterme en capilla, después de un juicio donde los periodistas y la masa se apretujasen para devorarme. No quiero oír ni leer frases tan denigrantes como por ejemplo: "El distinguido abogado Humphrey Beaugard, abandonó el bufete y los negocios para dirigir una cuadrilla de bandoleros que fracasaron en, su primer atentado a la ley". Tú representas ahora la ley armada, Norman, y yo el acorralado que vende cara su vida.

Norman Trevors iba realizando lo que había advertido. Arrastraba el sillón hacia la puerta, alejándose del lugar donde se hallaba Humphrey Beaugard.

Pero el mueble pesaba y era escasa la sujeción que podía ejercer empuñándolo con la izquierda, por debajo del asiento y en su parte posterior.

Norman Trevors, era hombre decidido, viril y poco sensible. Pero había sido compañero de estudios del que le estaba acechando. Y después, al hallarse en Washington, habían reanudado la antigua amistad. Había experimentado hacia Humphrey Beaugard un afecto viril.

Tenía tales deseos de terminar pronto con lo que estaba constituyendo para él un acto de servicio que le desgarraba el alma, que olvidó su habitual prudencia.

Para arrastrar el sillón con más rapidez lo agarró por uno de los brazos...

"¡Pac...uum! ¡Pac...uum!"

Las dos llamaradas de la pistola de Humphrey Beaugard, acababan de despertar en el vestíbulo dos resonantes ecos.

Alcanzado en la mano y en el antebrazo. Norman Trevors dejó caer el brazo invalidado, crispando el rostro, en mueca dolorida.

—Buena puntería, Humphrey.

Colocóse el oficial de marina la pistola bajo el sobaco izquierdo, manteniéndola apretadamente y su diestra fué arrastrando el sillón hacia la puerta.

El pomo que descorría el cerrojo no estaba protegido por el

respaldo del sillón...

Humphrey Beaugard hacía avanzar su sillón empujándolo apresuradamente. Comprendieron ambos hombres que había llegado el momento en que iban a matarse.

Iban a acribillarse, porque uno no permitiría que el otro alcanzase el pomo y abriera la puerta.

Disparó Humphrey Beaugard contra el brazo ya herido, que Norman Trevors sacrificaba heroicamente a conciencia.

La puerta se abrió y Humphrey Beaugard, que se disponía a saltar, quedóse con los músculos tensos, expectante...

Su rostro infinitamente melancólico, esbozó una sonrisa tenue, amarga: su habitual y rara sonrisa.

Norman Trevors yacía boca abajo, sin sombrero, sangrante la nuca...

En el umbral de la puerta, recién abierta, un individuo atlético, de facciones enérgicas, examinó rápidamente al caído, mientras con el tacón cerraba la puerta.

—Creo que he llegado a tiempo, ¿no, Beaugard?

Levantóse Humphrey Beaugard, sacudiéndose las rodilleras.

—¿Algo anormal por el camino? —preguntó.

—Todo como siempre —replicó Glenn Stack—. Por lo visto, el tipo ese ha venido solo. Tu casa está bien situada. Soledad y carencia de vecindario cercano. No hay alarma.

Humphrey Beaugard señaló con la barbilla al marino sin sentido.

—Respira... No lo mataste, Stack. Lo siento, pero tendré que interrogarle. Me interesa averiguar cómo supo que el atraco del "Army-Bank" lo dirigí y planeé yo.

Glenn Stack atestiguaba por el corte de sus ropas, que concedía gran importancia al sastre. Para quien le viera, Glenn Stack era el prototipo de hombre de acción, joven, de recia mandíbula y ojos duros.

Para quien le conocía superficialmente, Glenn Stack era un joven bien recibido en la alta sociedad de Washington.

—Puedo interrogarle yo si quieres —ofrecióse.

—Mejor será. Tengo entendido, según tú mismo me contaste, que los politicastros, para los cuales has trabajado en secreto, te consideran un experto en interrogatorios.

Glenn Stack ató las dos muñecas del marino. Fué al mueble licorero y extrajo un frasco de *peppermint*.

—El *whisky* y el *brandy* son recursos de principiante —comentó, inclinándose sobre el hombre derribado.

Brutalmente alzó uno de los párpados del inconsciente oficial de

marina, vertiéndole el verde líquido en la pupila. Fué inundando alternativamente los dos ojos...

El violento escozor reanimó poco después al herido.

Se encontraba en un estado de aturdimiento en que no podía dominar su cerebro, pero oyó, sin saber de dónde procedía, una pregunta:

—¿Quién te envió?

—Nadie... —replicó, inconscientemente, el marino—. Nadie más que... yo, sabe... que Humphrey... Humphrey...

Humphrey Beaugard aplicó la boca de su pistola, de nuevo cargada, en la sien del oficial de marina. Una, dos, tres, cuatro veces apretó el gatillo...

Glenn Stack acompañó los sordos disparos que su cómplice efectuaba a bocajarro, aprobando con la cabeza.

—Cuatro balazos en la sien, silencio seguro. Aunque con uno bastaba. Ya podemos estar del todo tranquilos, Beaugard. Seguirá siendo un secreto que fuimos nosotros los del "Army-Bank". Y tu amigo no mentía. Hablaba sin darse cuenta.

—Somos socios, Stack. Te elegí porque vales y eres de mi categoría social. Nadie hasta hoy sospechó de nosotros dos. Pero me intriga una duda. ¿Y si Norman Trevors le dijo algo a su esposa? En fin, ya me enteraré. Por ahora, lo que conviene es que te lleves ese cadáver.

—¿Dónde lo dejo?

—Ocúltalo bajo un saco y deposítalo en cualquier rincón del muelle. Con cautela... Podrán atribuirlo así, a cualquier marino pendenciero. Recordarán que Norman Trevors era un rígido oficial de marina de férrea disciplina. Mañana a las once, visítame. Tenemos que hablar. Si nos fracasó el golpe del "Army-Bank" no nos debe fracasar el próximo golpe.

Cuándo llevándose el cadáver de Norman Trevors, abandonó el caserón Glenn Stack, Humphrey Beaugard lavó cuidadosamente el suelo de las manchas de sangre y reparó los desgarros del cuero del diván y de los sillones.

Pero al caer el crepúsculo, sintióse molesto y abandonó su casa. Estuvo por la ciudad vagando sombríamente...

Al entrar en su casa, donde ocho horas antes había recibido la visita de Norman Trevors, quedóse rígido y su diestra se crispó en el bolsillo de su levita.

Pero sus músculos se distendieron y su rostro quedó de nuevo infinitamente triste y sombrío, sin brillo los ojos.

La persona, que estaba sentada en el diván, era una mujer rubia y bonita: una mujer de la buena sociedad de Washington, que amaba sin

esperanzas al "abogado Humphrey Beaugard" y que desconocía por completo que era el autor moral y material de muertes violentas.

—Hola, Humphrey —saludó ella, con aparente jovialidad.

—Hola. ¿Cómo has entrado?

—Hace un mes me diste una llave.

—La empleaste siete noches. Al octavo amanecer me la devolviste, porque te la pedí... manifestándote que estaba ya fatigado de verte. Tu belleza opulenta y lozana, nada tiene de espiritual y bien claramente te significué que lo nuestro estaba terminado.

Ella no pareció ofenderse y, sin embargo, era muy susceptible.

—Siempre tan huraño, Humphrey. Te devolví la llave, pero después, antes de salir, volví, a cogerla sin que te dieras cuenta.

—Siempre supuse que no tenías dignidad, Alice.

—Una mujer que quiere, no tiene dignidad. Quizá por eso he venido, Humphrey. Necesito hablarte.

—Vete.

Y Humphrey Beaugard, con la cabeza, señaló a sus espaldas hacia la puerta.

—Quizá lo que vengo a decirte te interese, Humphrey. Sé que tus negocios han ido mal. Lo sé yo, porque me preocupé por saber de ti. Y ahora tengo una ocasión sin igual.

—No tienes dote, Alice. Eres una dama, pero sin dinero propio, aparte la exigua renta y el nombre que te legaron tus padres.

—Es un negocio difícil, Humphrey, pero puedes ganar muchos millones.

—¿Tus influencias sociales? Vete.

—Una de las siete noches que estuviste aquí, Humphrey, dijiste que si te encontrabas alguna vez desprovisto del todo de dinero, no vacilarías en arriesgarte, aun a lo más expuesto. Yo puedo lograr que seamos millonarios. Sola no podría. Necesito un hombre como tú, inteligente, bien considerado y por encima de toda sospecha. Has oído hablar de los "Pulsos de Oro"?...

Humphrey Beaugard encendió un cigarro fingiendo indiferencia. Ella siguió hablando y lo que decía sonaba a oídos de Humphrey Beaugard como algo providencial: como una magnífica ofrenda del azar, que se le brindaba generoso a través de los pintados labios de una mujer que le amaba.

Cuando ella terminó de hablar, Humphrey Beaugard indinóse y la besó.

—Estoy de acuerdo. Me casaré contigo cuando quede hecho este negocio, Alice. Pero seremos tres. Necesito la ayuda de Glenn Stack y tengo plena confianza en él.

—¿Ese "dandy" inútil?

—Viste bien, pero conmigo será útil. Y ahora, Alice, los verdaderos Pulsos de Oro seremos tú, él y yo.

CAPÍTULO II

DOS CABALLEROS DE INDUSTRIA

—¿"Chevaliers d'industrie"? Pues, naturalmente, que sé lo que esto significa, querido amigo. Significa, individuos de buena apariencia, buenos modales, inteligentes y sin escrúpulos, que van a la zaga de cuantas ocasiones se presenten, sin reparar demasiado en los medios para obtener dinero. Individuos que, generalmente, salidos de la nada, saben alternar en los círculos elevados, provistos de aparente corrección y de mundana experiencia. En esos tiempos revueltos de guerra, nada tiene de particular que en Washington acudan caballeros de industria. ¿Y quiénes son esos dos que afirma usted no debo recibir en mi casa?

—Yo me limito a ponerle en guardia, Templeton. No tengo pruebas y es tan sólo guiándome por ciertos detalles por lo que afirmo que debería desconfiar de esos dos desconocidos.

—¿Desconocidos? Ya veo por donde apunta Carruthers. No obstante, puedo decirle que uno de ellos no es desconocido. Es hombre de carrera y antaño en esta misma ciudad, su profesión le producía muy buenos honorarios.

—Pero, ¿y el otro? Fíjese en sus dedos largos y ágiles en su sonrisa fríamente despectiva, en sus ojos de dura mirada Siempre vigilante. Hasta en su forma de andar, que parece buscar siempre protección, para sus anchas espaldas. Es el clásico tipo de pistolero...

—No exagere, Carruthers. Me fué presentado por mi sobrina.

—¡Oh! La presentación efectuada por Alice no debe merecerle mucha confianza.

—Somos muy amigos, Carruthers, pero no debe usted valerse de ello para murmurar de Alice.

—No murmuro de ello. Me limito a reconocer lo que todos saben: Alice es encantadora, pero bastante alocada. Muy buena muchacha, pero despreocupada y ahora más que nunca debe usted vivir alerta.

—¿Como el pistolero clásico? —inquirió, sonriente, Thomas Templeton.

Era el propietario de la suntuosa mansión, en uno de cuyos salones espléndidamente amueblados, sostenía aquella privada conversación con otro elemento conspicuo de la sociedad de Washington.

James Carruthers, enriquecido con sus tiendas de suministros navales, poseía fama de puritano y moralizador.

—Escuche, Templeton: usted es un espíritu práctico, pero carece de imaginación y, por lo tanto, sigue creyendo que el asunto de los Pulsos de Oro es algo carente de peligro, o a lo sumo una fantasía de

marinero del Caribe.

—Si lo creyera así, ¿habría pagado doscientos mil dolares por uno de esos pulsos? ¿Y esta misma noche no he adquirido otro por la misma cantidad? Fié en su sentido práctico, Carruthers.

—El hecho de que yo comprara uno y tuviera que acudir a usted para que adquiriera los otros, le demostró que, lo conceptuaba una gran inversión financiera.

—Sí. Lo es. Pero también lleva consigo varios peligros. Uno el de que precisamente quien nos vendió los tres pulsos, desee readquirirlos y nos los haya vendido, tan sólo para agenciarse dinero seguro con que empezar las investigaciones. Por eso, debe desconfiar de desconocidos, Templeton. Esos dos individuos pueden estar al acecho y haberse valido de la despreocupación de su sobrina Alice, para introducirse en esta casa.

—No vea fantasmas, Carruthers. Aun reconociendo que Rock Gambler sea un aventurero, le fué presentado a Alice, por Magnus Cork, y éste es un médico que disfrutó muy buena clientela aquí en Washington, hasta que a la muerte de su hijo sufrió un rudo golpe. De todas formas, si ello ha de tranquilizarle, le participo que vigilaré. Los dos pulsos están encerrados en un lugar de muy difícil acceso. Si tengo algo de escepticismo, es porque las ganancias serán fabulosas. Tenga presente que, si creí en ésta narración de piratas del Caribe, es porque usted me la confirmó. Y yo sé que usted no se basaría en simples leyendas de marino soñador. Pero reconozca que es algo que recuerda nuestras lecturas infantiles de Aladino y la Lámpara maravillosa, o Ali Babá y los cuarenta ladrones... que en este caso eran cuatro.

—La historia de los Pulsos de Oro, me fué repetida varias veces por distintos marinos, de cuya honradez, sobriedad y sentido práctico, salgo yo garante. Y cuando consigamos el cuarto pulso, sin el que nada podemos hacer, los resultados le convencerán de que ha hecho usted una inversión magnífica.

—¿Cuándo ha de venir el antillano?

—Recuerde, Templeton, que es un hombre asustado. Que se siente vigilado y que debe andar con mucho tiento. Pero no dudo que no ha de tardar. Tendrá prisa por huir al Norte. Recuerde que como le expliqué, se sabe perseguido.

—Puede también ser una táctica para dar más valor a su venta.

—No, no. Este asunto de los Pulsos de Oro es muy peligroso, Templeton. Desconfíe usted de cuantos le rodean. No es ya sólo una cuestión negocial. Podría ser también una cuestión de vida o muerte.

—¿Tanto? —preguntó Templeton, algo burlón.

—Ya sé que usted hizo fortuna desafiando peligros, Templeton.

Luchó contra pieles rojas, contra mineros rebeldes, contra bandidos y forajidos sin ley. Pero aquello no era nada...

—¿No? Déjeme decirle que si he entrado en este negocio, ha sido precisamente porque antaño viví horas muy duras. Y también déjeme añadirle, Carruthers, que aparte mi afición al riesgo, que es lo que me ha hecho intervenir en este extraño asunto de los Pulsos de Oro, si Rock Gambler está hoy jugando al *poker* en un salón-fumador de mi casa, es porque veo en él una imagen de lo que fui.

Y Thomas Templeton, ancho, corpulento, de mirar acerado y modales indolentes, sonrió con amable nostalgia. Había sido uno de los "pionners" del Camino de las Minas.

—Créame, Carruthers, tengo buen ojo clínico y sabré vigilar. Precisamente, porque no soy un ciudadano que no ha salido más allá de los límites de Washington, he dado crédito a su historia de los Pulsos de Oro. Y también, por esta misma razón, por haber oído narraciones de mineros, de buscadores de tesoros y de enfebrecidos imaginativos, he podido comprender que el pánico que siente, el antillano es legítimo. Los Pulsos da Oro han sido siempre la ambición de una serie de piratillos antillanos. El antillano tiene razón al pretender que si le vieran rondando aguas de puerto, sería inmediatamente torturado para arrancarle su secreto. Secreto que obtuvo en forma muy original y que es lógico quiera desprenderse de ello a buen precio y sin correr más riesgos. Por esto acudió a usted, porque goza usted de fama de honradez acrisolada. Podría haber, acudido a otro supuesto honrado, el cual, en vez de pagarle, le habría liquidado.

—Pero, pese a esto, sigue desconfiando. Y la prueba es que ha ido vendiendo uno a uno sus pulsos.

—Porque los tenía escondidos en sitios distintos. Indudablemente, esta operación nos hará inmensamente ricos, Carruthers. Pero espero que, además, me proporcionará emociones. Estoy envejeciendo y a veces echó de menos aquellos tiempos en que, con un mal fusil al hombro, me arrodillaba para presentar la menor porción de carne blanca, aunque atezada, a las puntas de las flechas de los sioux. Y mientras esperamos que venga el antillano, ¿por qué no hablamos de otra cosa? Fíjese, por ejemplo, en Irene. ¿No es deliciosa?

Y Thomas Templeton miró por el gran umbral hacia la salita donde cuatro personas sentábanse alrededor de una mesa recubierta con tapete verde.

Eran dos parejas que jugaban al poker, y lo hacían concienzudamente. Alrededor de la mesa, en el salón-fumador, sentábanse Humphrey Beaugard, Irene Trevors, Rock Gambler y Alice Templeton.

Rubia y esbelta, Irene Trevors era la distinguida elegante, conceptuada por sus conocidos como la mujer incapaz de emocionarse por nada.

Poseída de ello, lucía un aire arrogante que se complementaba con el mohín desdeñoso y permanente de sus finos labios y la fría dureza de sus claros ojos.

Con gesto de reina que condesciende a alternar con sus vasallos, avanzó en montón delante de ella cinco fichas verdes.

—Abro —dijo lacónicamente.

—Paso —replicó Humphrey Beaugard, arrojando sus cartas.

—Veo —y Rock Gambler amontonó otras cinco fichas verdes, llevándolas al centro de la mesa.

Alice Templeton arrojó sus cartas, sacudiendo en negativa la cabeza. La rubia sobrina de Thomas Templeton sabía elegir tonalidades oscuras en sus vestidos, sobrios de líneas, para difuminar su tendencia a engordar.

Era vulgarmente hermosa y sus veintidós años tenían una plácida expresión. Sus abombados ojos azules parecían un lago de bovina mansedumbre e inocencia...

Irene Trevors pidió dos cartas, mientras Rock Gambler declarábase servido y no pedía ninguna. Irene Trevors recogió las dos cartas que acababa de darle Gambler y fué abriendo en abanico, con lentitud, sus cinco cartas.

Ningún músculo de su rostro de muñeca insensible demostró que a las tres sotas que poseía había reunido la cuarta, ligando el *poker*.

Empujó con deliberada frialdad ante ella diez fichas verdes.

—Son de cien estas fichas, Irene —rió Alice Templeton.

—Mil quinientos —dijo Rock Gambler, manteniendo boca abajo, en paquete, sus cinco cartas—. Acepto y envido, señora. Mi resto.

Fué contando las fichas que poseía.

—Suman cuatro mil doscientos —anunció, impasible.

Alice Templeton se abanicó dándose aire con un naipe. Ella tenía cien dolares al mes como pensión de su tío, "para deudas de juego". Y la apuesta que se estaba ventilando sumaba cerca de los diez mil dolares. Pero pensó que Irene Trevors podía permitirse estas apuestas, porque era rica, por fortuna personal..., lo cual le había también permitido casarse con el decorativo y apuesto Norman Trevors, el brillante oficial de Marina.

Irene Trevors empujó sus fichas Y abatió sus cinco cartas, con el pleno convencimiento de que la jugaba del forastero era un "farol" destinado a asustarla.

Rock Gambler, con gesto lento, abrió, empleando un solo dedo, el paquete de sus cinco cartas, extendiéndolo encima del tapete.

Maestra en el arte de fingir indiferencia, Irene Trevors contempló el *poker* de reinas de su adversario sin parpadear.

—Le felicito, *Mr. Gambler* —aprobó majestuosamente—. Una jugada inteligente. No se descartó y me hizo creer que tenía una escalera o un "full".

Recogió Gambler las fichas, y Alice Templeton se puso en pie.

—Amigos, ya está bien. No debemos arruinarnos encerrados aquí, cuando en la terraza hay aire puro. ¿Me acompaña, *Mr. Beaugard*?

El abogado silenciosamente se puso en pie, y abandonó la sala, acompañando a la sobrina de Templeton. En un diván algo alejado, Magnus Cork estaba disertando humorísticamente, y su interlocutor, Glenn Stack, al reír, semejava un atleta bonachón.

—La terraza es amplia, doctor —invitó—. ¿Seguimos esta conversación allá? Sus máximas me causan gracia.

Engoladamente, Magnus Cork, a la vez que se dirigía hacia la terraza que circundaba el edificio, comentó:

—Usted tiene una falta, Stack, que es su juventud. Pero el tiempo le corregirá de ese defecto. Yo también fui joven...

Irene Trevors hurgó en su bolso, de donde extrajo una libretita y un lápiz de oro.

—¿Cuánto le debo, *Mr. Gambler*?

—Seis mil trescientos.

—Le firmaré un reconocimiento de deuda, porque en mi poder no tengo este dinero. Mañana por la mañana si se toma la molestia de pasar por mi casa, le abonaré la deuda. No se moleste en decirme que por galantearía no es preciso que le firme este reconocimiento de deuda. En realidad, mutuamente nos desconecemos.

—En realidad, señora no pensaba molestarme en decirle que no firmase. Usted es jugadora, y sabe que existe la puerilidad de conceder gran importancia a las deudas de juego, como si se tratara de cosas de honor.

Ella escribió y entregó con gesto arrogante la hoja qué arrancó de la libreta.

—Ahora que estamos solos, ¿puedo hablarle con franqueza, *Mr. Gambler*?

—Generalmente, cuando se anuncia franqueza se reúnen en el cerebro palabras poco sinceras. Pero Usted no debe ser una mujer

corriente, señora.

—Me ha sido usted presentado esta misma noche. Acudí sola, porque mi marido desde ayer falta de casa.

El arqueo de cejas de su oponente molestó a Irene Trevors.

—Añado que no es nada particular, porque mi esposo tiene a su cargo la vigilancia de intereses muy elevados, que le hacen a veces ausentarse por lapsos de tiempo indefinidos. Si he aludido al hecho de que acudí sola, quería hacer notar que posiblemente, de haber venido mi marido, no habría jugado al *poker*.

—¿Por qué? ¿Es que él es el tirano dominador y usted la sumisa esposa bíblica?

—Mi esposo tiene más práctica que yo y sabe reconocer inmediatamente al jugador... profesional.

Volvió Gambler a arquear las cejas y su mirada se posó, en admirativa burla, en el rostro amueñado de Irene Trevors.

—¿Y usted no sabe reconocerlo?

—Cuando ya es tarde. Entre nosotros, *Mr. Gambler*, no se ofenda si le digo que no volveré a jugar al *poker* con usted. No insinúo que haga trampas, pero hay un hecho extraño. Si yo descarté una reina, ¿cómo es posible que usted tuviera cuatro reinas? En la baraja no hay más que cuatro.

—¿No confundiría la reina descartada con un monarca?

—Presto siempre mucha atención a lo que hago, *Mr. Gambler*. Y le felicito por sus dedos ágiles. Ha sido una lección que no olvidaré, y antes de sentarme a jugar con un desconocido me lo pensaré en lo sucesivo.

—Si usted cree que yo hice trampas, ¿por qué me firma un reconocimiento de deuda? ¿Por qué no lo declara públicamente ante los invitados de Templeton?

—Porque usted sabe perfectamente que no lo puedo demostrar. Sé que descarté una reina y que, por tanto, esta reina no podía estar en su mano de no mediar un ágil manejo de dedos por su parte. Considero, pues, que la lección recibida bien vale mi deuda. Buenas noches, *Mr. Gambler*. Hasta mañana..., que tendré sumo gusto en significarle que por última vez tendré la ocasión de hablarle.

Púsose en pie Gambler, mientras ella, con una seca inclinación de cabeza, pasaba al otro salón, ocupado por Templeton y Carruthers.

Rock Gambler sonrió complacido... Había efectuado la trampa, invisible para los demás, pero que lógicamente había del ser comprobada por Irene Trevors, con la sola finalidad de que se esparciera el rumor de que era un *tahur*.

Le interesaba, que en Washington, nadie viera en él al vendedor de

armas, sino, simplemente, al aventurero sin escrúpulos.

Irene Trevors, al detenerse ante los dos hombres, que se pusieron precipitadamente en pie, interrumpiendo una conversación en voz baja, percibió en ambos una expresión extraña.

Thomas Templeton, siempre risueño, ostentaba un ceño preocupado. James Carruthers tenía aun más acentuado su aspecto severo. Pero en ambos rostros veíase una contenida emoción.

—¿Terminó ya la partida, Irene? —solicitó Templeton. Pero en su voz había una simulada banalidad.

—Sí. No me fué favorable. Le he quedado a deber seis mil a *Mr. Gambler*. Juega prodigiosamente bien.

—Quizá demasiado bien, ¿no?... —añadió Carruthers. También él estaba molesto.

Y ella dióse cuenta de la cohibida actitud de los dos hombres. Miró hacia el umbral, y vió a Parkins, el cochero-ordenanza de su esposo.

Parkins tenía también una anhelante expresión en el rostro tenso, y resultaba visible el temblor de sus labios.

—¿Sucede algo? —preguntó ella, súbitamente intrigada.

Paternalmente cogió Templeton una mano de ella entre las dos suyas.

—Un accidente, Irene. Tu marido...

—¡Norman! —gritó ella. Dejó de ser la muñeca insensible en apariencia. Sus claros ojos azules perdieron su voluntaria dureza, para mirar con extravío el rostro de Templeton. Y su voz entrecortada volvió a gritar—. ¡Norman!

—Cálmate, Irene. Siéntate. Parkins acaba de llegar. Nos ha comunicado que tu esposo ha sufrido un accidente.

Los dos gritos de Irene Trevors atrajeron la atención de los que se hallaban, en la terraza. Alice, acompañada de Humphrey Beaugard, fué la primera en llegar al salón.

—¿Qué le ha sucedido? Por favor, Templeton, por favor... Dígame ya que le ha ocurrido a Norman...

Todos sabían la adoración que sentía Irene hacia su esposo.

Confuso, Templeton vacilaba en hablar. Fué Carruthers el que anunció, tratando de velar la brusquedad de lo que iba a decir:

—En el río... han extraído a Norman...

No tuvo que añadir más, porque Irene Trevors, cerrando los ojos, trató de afianzarse en el brazo de Templeton. Perdió el sentido, cayendo entre los brazos de Thomas Templeton.

Humphrey Beaugard avanzó.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—Sí —dijo Templeton, mientras, tendía encima de un diván a la desvanecida—. Por cierto, Humphrey, usted que es el amigo de los Trevors, debería acompañar a su casa a Irene, y allí tratar de aplacarla. Yo confieso que la pena de Irene me trastorna. Usted, como amigo íntimo de Norman, es el más indicado para intentar consolarla cuando se recupere.

—En efecto. Creo que esta es mi triste obligación. Estoy muy afectado por la noticia. Norman era mi único amigo. Ayúdeme, Parkins. Entre los dos llevaremos a la señora Trevors al coche.

Cuando el abogado, ayudado por el cochero, desapareció llevándose a la desvanecida, Thomas Templeton suspiró egoístamente:

—¡Pobre Humphrey!... A la pérdida de un buen amigo, tendrá que añadir la delicada tarea de explicarle lo sucedido a Irene.

—Pero ¿qué ha ocurrido, tío? —inquirió Alice, asombrada.

—Han extraído del río el cadáver de Norman Trevors, asesinado.

—¿Se ha detenido al culpable?

—No. Y será difícil. Ya sabéis que, por su cargo, Norman tenía frecuentes altercados con marinos camorristas. Puede haber sido cualquiera de ellos. Es como buscar una aguja en un pajar. Además, últimamente estaba investigado el caso del atraco al Banco Naval. Quizá halló una pista, y uno de los atracadores ha sido el asesino. Lo siento por Irene, porque amaba a Norman como una novia, pese, a sus siete años de boda.



—¿Ha muerto? —preguntó.

Glenn Stack dijo varias frases de condolencia, despidiéndose. Rock Gambler y Magnus Cork abandonaron también la morada de Templeton.

Pese a la reciente novedad, ambos fueron seguidos por la mirada recelosa de James Carruthers, que, obsesionado con los "Pulsos de Oro", desconfiaba de ellos dos.

Quedaron solos Templeton y Carruthers, y cuando sonaron las doce de la noche empezó a inquietarse Carruthers.

—Tenía la promesa del antillano de que antes de la medianoche vendría.

—¿Cuándo le vió por última vez, Carruthers?

—Hace tres días, y me dijo al igual que a usted, que se presentaría inesperadamente. Pero no más tarde de hoy, a la medianoche.

A las dos de la madrugada despidióse Carruthers, sin que el antillano hubiera aparecido.

CAPÍTULO III

UN AMIGO, DOS FILÓSOFOS Y LOS PULSOS DE ORO

"La verdadera llantina del crío al cual se le ha roto la muñeca", pensó Humphrey Beaugard, contemplando el silencioso llanto con el cual, desde que había recuperado el sentido, Irene Trevors exhalaba su íntima congoja.

Estaba sentado ante ella, en la antesala del despacho donde habitualmente Norman Trevors solía recibirlo. Norman Trevors, el hombre al cual, él mismo, el día anterior, había dado muerte.

Humphrey Beaugard nunca había sido un hombre expansivo. Y quizá porque no acudió a murmurar banales frases de imposible consuelo, Irene Trevors fué calmándose.

Una extraña calma que dejó tirantes sus facciones y crispados los lívidos labios.

—Ya Parkins ha ido a recoger el cuerpo de tu marido, Irene. No considero necesario que asistas al amortajamiento. Yo puedo cuidarme de este último tributo a Norman. En ti produciría una conmoción dolorosa, que yo puedo evitarte.

—Quiero verle —musitó ella, quebrada la voz—. Tengo que verle.

—Es un dolor que te impones inútilmente, Irene.

—Aun tengo en mis labios el calor de los suyos cuando se despidió, como siempre..., para no volver en vida. Tú fuiste su mejor amigo, Humphrey. Y ante ti juro que no he de descansar hasta encontrar al canalla que le dio muerte. Todo el amor que por Norman he tenido, se transforma ahora en odio hacia su asesino.

Humphrey Beaugard, con mano firme, encendió un cigarro. Su mirada posó, infinitamente triste, en el semblante convulso de Irene Trevors.

—Tienes alguna pista, Irene? Tu marido debía contarte sus problemas. Tengo entendido que últimamente le fué confiada la misión de investigar para dar con la pista de los atracadores del Banco Naval. Quizá él supiera quiénes eran, y ellos le matasen.

—Norman me dijo tan sólo que tenía una noción de quiénes eran. Pero que quería cerciorarse. Fué lo último que me dijo, y no sé ni tengo la menor idea de cuál era la pista que seguía y en la que ha hallado la muerte.

—Es intrincado. Ten presente que, por su cargo de componente del tribunal que juzgaba a los incursos en rebeldía, la mayor parte de ellos marineros de malos antecedentes, ha podido ser objeto de alguna mala

venganza.

—Sea como sea, yo he de lograr encontrar al asesino, aunque a ello tenga que dedicar el resto de mi vida. Aunque en ello haya de perecer.

Se puso ella en pie al oír rumor de pasos. Poco después abatíase arrodillada junto al cuerpo de Norman Trevors, la mitad de cuyo rostro estaba mutilada por los cuatro balazos en la sien.

En pie, tras ella, Humphrey Beaugard personificaba sin hipocresía al amigo entristecido. Sus ojos tenían su sempiterna tristeza íntima.

A la medianoche, Irene Trevors, casi a la fuerza, aceptó la copa de cordial que Humphrey Beaugard, por indicación del médico, le ofreció.

—Contésteme, doctor. ¿Fué en riña, que murió mi marido?

—En cumplimiento de su deber, señora, supongo que su esposo daría alcance a algún criminal. Recibió, un primer disparo en el brazo... Pero la contusión de la nuca debió seguir o ser simultánea. En cambio, las cuatro balas alojadas en el cerebro demuestran que su asesino le remató a sangre fría. Y perdóneme por estos detalles, señora.

—Se los he exigido, doctor. Gracias por todo. Han sido muy amables. Pueden dejarme sola. Ya de ahora en adelante sólo viviré para vengarle. No teman, pues, que tome ninguna decisión cobarde, quitándome la vida.

Marchóse ella para encerrarse en el despacho, donde estaba amortajado Norman Trevors.

En la calle, antes de despedirse de Humphrey Beaugard, el médico comentó:

—Todo un carácter la señora Trevors. No dudo que si hay una posibilidad de encontrar al criminal, ella dará con esta posibilidad. Y lo siento, Humphrey. También usted debió quedar muy afectado al saber la triste muerte de su único amigo. Buenas noches.

Humphrey Beaugard partió en dirección contraria a la que había tomado el médico. Tenía la certidumbre de que nunca Irene hallaría la pista del hombre que mató a su esposo.

Magnus Cork, el médico que en uno de los incidentes con Méjico había perdido a su hijo, hallaba olvido en la frecuente ingestión de alcohol.

Sentado y en mangas de camisa, después de lavarse, estaba desayunándose con una mezcla de leche y *brandy*.

Al otro lado de la mesa, Rock Gambler pulíase las yemas de los

dedos con un pedazo de piedra pómez.

—Usted es un maldito abstemio —dijo Magnus Cork, solemnemente—. Decían los latinos que el hombre que sólo bebía agua era de desconfiar.

—Los latinos estaban obligados a vender mucho vino para lograr que la Historia les recordase.

—Yo considero que el hombre que le teme a la bebida, es porque teme desenmascararse.

—Continúe, que me interesa, "doc". Siempre es delicioso oír divagar a los borrachos.

—Me horripila su fácil ironía, Gambler. Yo si tuviera poder, decretaría una cruzada contra la ironía. Burlarse es la fácil inteligencia del que posee poca inteligencia. La ironía mata en embrión los impulsos más nobles.

—Hábleme de otra cosa, "doc". Si a mí me gusta reírme de los demás, antes de que se rían de mí, no me lo reproche.

—Usted y yo nos conocimos en extrañas circunstancias, Gambler. Al principio le cobré antipatía. Después, le estudié. Hice una autopsia de su alma, y ya me resultó menos antipático. Pero me horripila que ni por un solo instante crea usted que pueda engañarme. ¿Ve usted todo esto? —y con la mano hizo Cork un gesto abarcando la habitación.

—No tengo telarañas en los ojos. ¿Y por qué había yo de engañar a un borrachín?

—Esto es la habitación número 22 del "Hotel Maryland", uno de los semilujosos de Washington. Por estas cuatro paredes han desfilado muchos seres anodinos...

—No sabía que los viajeros desfilaran por las paredes.

Magnus Cork rió con su peculiar risa cavernosa, sirviéndose un cuarto vaso de su especial desayuno.

—¿Se le ha ocurrido algún chiste? —inquirió Gambler, sin dejar de pulimentarse las yemas de los dedos.

—Voy a endilgarle una pregunta, y me siento semejante a la joven tontuela que en una reunión no hace más que interrogar intimidadas y dice después de cada una: "Espero que no es una pregunta indiscreta".

—Nunca me molesta que me pregunten cosas, sean o no indiscretas.

—¡Ya!... —dijo ácidamente Magnus Cork—. Porque sólo contesta a lo que le parece oportuno contestar.

—Eso es. Póngame a prueba. Dispere su pregunta.

—Yo soy discreto por indiferentismo, Gambler. Pero cuando alguien me toma por tonto, me horripila.

—Son muchas las cosas que le horripilan, "doc".

—Usted me toma por tonto. Y yo le voy a cantar algunas verdades.

—Sólo los niños, los locos, los borrachos y los idiotas dicen siempre la verdad. Usted es crecidity, no está loco... Por lo tanto, ¿qué es? ¿Un idiota o un borracho?

—Yo bebo y usted me mira. Y usted tiene también la predilección de, en determinados instantes, decir verdades. Por tanto, usted, es el idiota y yo el borracho.

—Sabia deducción. ¿Qué quiere preguntarme?

—¿Por qué se empeña en que le tomen por el *tahur* en busca de incautos a quien desplumar?

—Y usted ¿por qué anda siempre con la cabeza alta y la espalda tan envarada? Las espigas de trigo, tanto más arrogantes son cuanto más vacías de grano están.

—Ando así porque mirar al suelo me asquea. Bien, Gambler; si usted me dijera a qué ha venido a Washington, yo podría ayudarle.

—A raíz de la batalla de Bull Run le invité a venir a Washington; porque usted, con sus muy buenas razones, quería alejarse de los campos de batalla. Viste usted como un estafalario prestidigitador, y al verle quien no sepa que fué usted médico, le toma por un caballero de industria.

—Usted, vista como vista, lleva en la cara una máscara de tramposo. Le bastaba con su cara, sin mi compañía. ¿Y para qué quiere que nos tomen por dos caballeros de industria? Usted es un aventurero de clase. Usted vende armas, y se arriesga la piel a diario, yendo de Norte a Sur.

—Sé que sus preguntas no son por curiosidad, sino por deseo de ayudarme. Pero no puede servirme más que para tarjeta de visita. He venido a Washington en busca de un piloto decidido y discreto. Los próximos envíos de armas ele Londres los transportará al Norte un piloto yanqui. Usted conoce a bastante gente aquí. Ya me ha presentado a Templeton, que por su amigo Carruthers puede facilitarme una relación de buenos pilotos. Por cierto, que ese Carruthers, si se subiera a un árbol, habría gran perplejidad entre los espectadores para definir que clase de bicho era, tanta es su semejanza con un simio furioso.

—Carruthers detesta a los inmorales aventureros. Y, sabedor de qué usted hizo una limpia en la mesa de *poker*, le detestará aun más.

—No es mi culpa si la suerte me favorece.

—Yo le vi jugar, Gambler. Y aunque no vi la trampa, la adiviné.

—En ese mundo todo es trampa, "doc". El hombre mismo es un ser primitivo capturado y amordazado por la gran trampa de la

civilización.

—Si posee estas ideas, sabrá, pues, que no demostrar aparentemente acatamiento a la sociedad, es una estúpida manera de ser puesto en cuarentena.

—Puedo permitirme el lujo de vivir como se me antoje.

—Le vi saludar a Carruthers, y créame tenía usted una manera de mirarle que daban ganas de pegarle.

—Basta que alguien se crea alguien para que todos mis esfuerzos tiendan a hacerle sentir que me causa una grotesca impresión.

—Usted, en el fondo, es un pícaro sentimental. Duro con el fuerte, amable con el humilde... ¿Qué le pareció el abogado Beaugard?

—¿Y a usted?!

—Parece estar siempre llorando íntimamente. Por cierto, que anoche le oí una expresión extraña. Estaba yo paseándome por la terraza con Glenn Stack. Poseo un oído muy agudo, y oí confusamente una expresión extraña. Por mis conocimientos de anatomía, he oído hablar de pulsos lentos, pulsos escleróticos, pulsos taquicárdicos, pero nunca oí hablar de pulsos de oro.

Rock Gambler volvió a colocar el pedazo, de piedra pómez en su bolsillo y se contempló satisfecho las yemas de los dedos. Pero había achicado los ojos, y miró con cierto interés al médico.

—¿Oyó usted hablar a Humphrey Beaugard de los "Pulsos de Oro"?

—Sí. Estaba con la sobrina de Templeton. Y me chocó la expresión. ¿Será alguna metáfora aplicable a los que, sólo piensan en acumular riquezas, teniendo por sangre un líquido repleto de guarismos?

—Usted alardea de discreto. Vamos a comprobarlo. Le voy a contar la bella historieta de los "Pulsos de Oro". La conozco porque la saben los hombres del *bayou*, los que viven en la comarca pantanosa de La Florida. Es una narración digna de los últimos piratas del Caribe. Usted habrá oído hablar del famoso Laffitte, ¿no?

—¿Quién no? El corsario que fué dueño de Florida. Tenía tres hermanos y dos de ellos murieron ahorcados, otro murió devorado por un tiburón y el último murió en duelo.

—Eran cuatro talentos. Pero entre sí no se tenían gran confianza. Resulta que hace treinta años, el mayor de los Laffitte reunió su considerable tesoro, compuesto de lingotes de oro, y lo encerró en cofres metálicos. Añadió los cofres que contenían los respectivos tesoros de sus tres hermanos, y todos ellos a bordo de la nave del mayor de los Laffitte, abandonaron las ya peligrosas aguas de La Florida, donde eran buscados por los soldados enviados para capturarlos. Remontaron hacia el Norte y varios barcos de guerra les dieron vista y caza. El rápido velero del mayor de los Laffitte eludió la

caza, hasta que se vio acorralado en un punto que nadie sabe. Era ya de noche, y, acosado por el cañoneo de los barcos enemigos, el mayor de los Laffitte hizo lo que por entonces pareció un milagro. Desapareció al igual que sus tres hermanos. Esa al menos fué la impresión de sus perseguidores. La verdad, según la supieron en el *bayou*, fué que el mayor de los Laffitte hundió voluntariamente su barco. Pero era una noche tormentosa y oscura. Sólo el mayor de los Laffitte sabía dónde había hundido su barco. Los tripulantes todos no fueron avisados y se hundieron con el barco. Los tres hermanos de Laffitte abrieron bocas de agua en el casco. Después, el mayor de los Laffitte, ya en tierra, y habiendo tenido que sortear las líneas de soldados que esperaban el final del combate, sólo visible por los cañonazos, se vió insultado por sus hermanos, cuando éstos reconocieron que no sabían el lugar exacto en que se había hundido el barco. El mayor de los Laffitte, como ya le he explicado, no confiaba en sus hermanos. Pero admitió que tenían derecho, cuando llegara el momento, a participar en la búsqueda del tesoro. Él era un tipo sereno y que nunca perdía la cabeza. Mientras sus hermanos andaban hacia tierra, el mayor de los Laffitte, con gran aplomo, se quedó en el barco hasta el último momento, y cuando se hundió estaba él midiendo el lugar exacto. Podía haber perdido la vida, pero se salvó, siendo el único en saber el lugar exacto del hundimiento. Y entonces ideó la ingeniosa estratagema de mandar fabricar cuatro pulseras de oro. Cuatro brazaletes, diferentes entre sí. Cada uno de ellos por separado no daba ninguna indicación. Los cuatro juntos daban la latitud y longitud exacta en que se hundió el barco con el enorme tesoro de los lingotes de oro.

—¿Tienen esos brazaletes algo grabado?

—Yo no los he visto. Y creo que están perdidos. Muchos aventureros van tras ellos. A medida que iban cayendo los hermanos Laffitte, siempre había uno de ellos que se hacía el heredero. Por entonces la historia de los cuatro "Pulsos de Oro" no era aún conocida. Lo empezó a ser cuando el mayor de los Laffitte quedó en posesión de los cuatro brazaletes, y cometió la torpeza de enamorarse de una antillana. Era ya viejo, y le contó su secreto, que se hizo popular entre la chusma de La Florida, que es donde yo lo oí relatar. Según parece...

Se detuvo Gambler. En la puerta acababan de repiquetear. Fué Gambler a abrir, y un lacayo preguntó:

—¿Tengo el honor de saludar a *mister* Gambler?

—Tienes este honor.

—La señora Trevors me entregó esta carta para que en propia mano se la entregara a usted, señor.

—Ya la has entregado. ¿Esperas respuesta?

—No, señor. Muy buenos días, señor.

Cerró de nuevo Gambler la puerta, y rasgó el sobre.

"Tengo imperativa necesidad de verle con toda urgencia. Debía usted pasar a percibir lo que le adeudo: pero si por algún escrúpulo la reciente muerte de mi esposo le hiciera demorar su visita, le ruego acuda con la mayor urgencia, pues deseo proponerle una labor que espero será de su agrado.

"Irene Trevors"

—Bien, ¿y qué indiscreción cometió el viejo Laffitte?

—¿Laffitte? Se lo contaré otra vez. Ahora tengo una cita.

—Hombre, no sea malvado. A mí me encantan los cuentos, y cuando era niño hubiese asesinado a mi nodriza si me hubiese dejado a medio cuento. ¿Qué le pasó al viejo Laffitte con su hermosa antillana?

Pero ya Rock Gambler estaba fuera de la habitación, y Magnus Cork tuvo que resignarse bebiendo de la forzada pausa en la historia de los "Pulsos de Oro".

La mañana era cálida, y el aire, embalsamado por el perfume de las flores de los jardines del elegante barrio exterior de Washington, destilaba el dulzón aroma de aquel día de julio.

Aproximábase Gambler a las señas que en la carta de Irene Trevors le indicaban la dirección de su casa, cuando le llamaron, la atención dos hombres agazapados debajo de los árboles del jardín.

Parecían extranjeros por sus facciones y el corte de sus ropas. Uno era un coloso de ancha, barba. El otro, enjuto y nervioso, y tenía un "tic" peculiar que le alzaba un hombro por intervalos.

No hablaban, pero de vez en cuando miraban de soslayo hacia el pórtico.

Dio una vuelta Gambler, porque había visto claramente que el más endeble de los dos desconocidos sostenía en su diestra, un pañuelo torcido en forma de mordaza.

Anduvo cautelosamente hasta llegar tras el tronco de árbol bajo cuyo ramaje se ocultaban los dos hombres.

Éstos aun no se habían dado cuenta de su presencia. Pero, de pronto, el más joven y nervioso de los dos se enderezó, a la vez que ocultaba en el bolsillo la mordaza y daba un codazo a su compañero.

Rock Gambler salió de detrás del árbol.

—Buenos días, señores —dijo, amablemente—. ¿Pueden decirme si me equivoco, o los tres estamos en este jardín sin permiso de los dueños?

—¿Quién diablos es usted? —exclamó el coloso en perfecto inglés, excepto un leve acento gutural.

Rock Gambler miró hacia el cercano pórtico.

—No chillen, amigos. Más tarde, si es preciso, les romperé la cara; pero, por el momento, quisiera charlar un poco con ustedes, y saber a quién estaban esperando.

—¿Tiene usted ganas de camorra? —exclamó el más pequeño de los dos extranjeros, también con acento gutural.

—¿Camorra?... —preguntó Gambler, con voz suave—. ¿Qué es eso de camorra? Supongo que ustedes no serán capaces de figurarse que yo sea uno de esos individuos capaces de levantar la mano airadamente contra nadie. Yo únicamente deseo saber si me esperaban a mí o a quién esperaban.

El más corpulento de los dos avanzó. El otro, ocultando una mano bajo su levita, avanzó también. El ademán de Gambler fue inesperado. El rápido levantamiento de sus dos manos tuvo por resultado un ruido, denotando el impacto de dos cuerpos duros, y el más pequeño de los dos se echó atrás, cogiéndose la nariz maldiciendo en idioma extranjero.

—Es muy doloroso recibir un golpe en la nariz con la cabezota de otro —observó Gambler con voz lastimera—. No está bien besarse así en un sitio como éste. Y me parece que esta naricita está empezando a sangrar.

El coloso, que era el que con su cabeza había chocado impulsado por la mano de Gambler contra la nariz del otro, se inclinó para recoger del suelo al que con las dos manos intentaba contener la hemorragia.

Y cuándo se enderezó portando en brazos al otro, miró salvajemente a Gambler, y, sin pronunciar una sola palabra, echó a correr con su carga humana. Iba Gambler a perseguirle, cuando una voz llamó:

—¡Mr. Gambler!

Miró él hacia arriba, divisando en la terraza alta la figura de Irene Trevors haciéndole seña de que entrase. Desde donde estaba había podido ver y escuchar perfectamente lo sucedido.

Rock Gambler entró en el pórtico, y se detuvo ante la puerta cerrada, en cuyo aldabón colgaba una corona con lazo negro.

CAPÍTULO IV

EL "BODY-GARD"

Si Irene Trevors habíase pasado la noche sumida en alternativas de llanto y en desesperados pensamientos dolorosos, borró de su rostro las huellas de la trágica noche empleando con hábil mano el colorete y los polvos.

Abrió ella misma la puerta, anticipándose al mayordomo.

—Buenos días, *Mr. Gambler*. Le agradezco haya venido inmediatamente de recibida mi invitación.

Limitóse él a inclinar la cabeza, y denegó con un gesto la repetición del ademán con el que el mayordomo le pedía el sombrero.

Siguió tras la esbelta mujer, que, precediéndole en un suntuoso despacho, aguardó a que él entrara para cerrar la puerta, y después señaló los dos sillones ante la mesa ocupando el centro de la amplia sala.

Encima de la mesa había extendidos seis billetes de mil dólares y otros dos de cien. Extrajo Gambler de su bolsillo la hoja de libreta con la firma de Irene Trevors, que colocó junto a los billetes.

—No corría ninguna prisa, señora. Hubiese podido esperar.

—Esto es lo de menos —replicó ella, señalando los billetes—. Necesitaba verle para un asunto mucho más importante. Coja este dinero. Es muy suyo.

—Si usted insiste...

En el fondo. Rock Gambler, mientras recogía los billetes, pensaba que para una viuda, que se desmayaba al saber la muerte de su esposo, Irene Trevors sabía sobreponerse con energía...

No había en ella el menor síntoma de tristeza. Sus ojos brillaban duramente y su voz era fría, autoritaria.

—Ayer noche estuvo usted presente cuando me comunicaron el asesinato de mi esposo. Según tengo entendido, por *Mr. Templeton* que me habló de usted, procede de Londres. Allí el pudor obliga a hacer cuantas menos manifestaciones exteriores sentimentales posibles. Le digo esto porque no quisiera que se forjara una idea equivocada. Es muy importante que sepa que yo quería a mi esposo como tan sólo puede querer una mujer enamorada.

—Agradezco la confidencia, aunque no le oculto que no soy merecedor de tanta confianza.

—Era preciso —y ella sentóse ahora, invitando a Gambler a hacerlo.

—¿Para usted o para mí?

—Para ambos. Anoche antes de que usted llegara, *Mr. Templeton*,

que se precia de conocer a los hombres, afirmó que veía en usted al aventurero de agudizados sentidos despiertos y siempre alerta, y en quien se combina una inteligencia hábil y unas facultades físicas espléndidas. Físicamente es usted alto, recio y flexible como un acero.

—Gracias, señora. Conozco de oídas el sentido práctico yanqui, y en estos momentos, mientras usted hablaba, he tenido la impresión de ser un caballo examinado por un comprador. ¿Le muestro los dientes?

—Pienso hablarle con claridad. Anoche le acusé privadamente de ser un jugador profesional, Usted no protestó ni se escandalizó, demostrando que no se ofende fácilmente.

—Un ministro español, al ser abofeteado, comentó que manos blancas no ofendían, si bien amorataban. Yo protesto escasas veces y me escandalizo muchas menos. Hábleme con toda la claridad que desee.

—Le especifiqué que quise mucho a mi esposo, para hacerle comprender que no he de renunciar a ningún sacrificio con tal de vengarle.

—Actitud que considero mucho más digna que la de las viudas indias, que se echan a la hoguera que quema los restos de sus adorados maridos. Pero existe también una solución mucho más fácil, que es vengarse en otro mortal, eligiéndolo por esposo y cantándole las cualidades del anterior.

—¿Alardea de cinismo?

—Creo que usted no espera de mí otra cosa.

—En parte, tiene razón. ¿Me equivoco si supongo que usted, por dinero, es capaz de todo?

—Depende de lo que usted entienda por todo.

—Exponer la vida.

—Según y cómo.

—*Mr.* Templeton no se equivoca en sus juicios al catalogar a los aventureros. Él lo fué, y muy decidido. Si él le considera a usted un aventurero superdotado, no creo que se equivoque.

—Si me explica en qué puedo yo ser alquilado, le diré si sirvo o no.

—Deberé antes exponerle los motivos por los que he acudido a usted. Mi marido, además de ser componente del Tribunal de Marina, era oficial de Guerra. Pero le fué encargado, por su inteligencia deductiva, la misión de investigar los posibles autores del atraco al Banco Naval, donde hallaron la muerte varios hombres, teniendo que huir los malhechores sin lograr sus propósitos de desvalijar.

—Inhábiles.

—Al contrario. Fueron muy hábiles, porque no dejaron rastro ninguno. Mi marido estaba sobre la pista de ellos. También es posible

que los que le han dado muerte fueran uno o varios de los marineros rebeldes que él condenó. Varias veces le habían amenazado con anónimos, pero él se reía de mis temores, diciendo que los que han probado la cárcel no vuelven a ella por venganza contra quien allí les envió, sino por cometer otros delitos parecidos a los que ya les valieron la condena. Yo quiero encontrar al asesino. Quiero con mis propias manos dar muerte... al que, destrozando la vida de Norman, destrozó la mía.

—¿Y yo, señora, de qué utilidad puedo serle?

—Indudablemente el asesino se esconde, o es conocido por el hampa de los bajos fondos de Washington. Yo necesito un *body-guard* para poder visitar los bajos fondos de Washington. Usted es el hombre más apropiado para ser mi acompañante. Yo pensé esta mañana a primera hora, y me he afirmado en ello al oírle y verle actuar con los dos individuos que estaban al acecho en mi jardín.

—Permítame una pregunta: ¿estos individuos me esperaban a mí?

—¿Por qué lo cree así?

—Pensé que quizá usted me hubiese pagado la deuda de juego, pero primero hubiese alquilado a dos camorristas para que me dieran un vapuleo.

—Usted les vió perfectamente acechando hacia el pórtico. Usted mismo les dijo que los tres estaban en un jardín sin permiso de la dueña.

—Entonces, ¿la esperaban a usted?

—Posiblemente.

—¿Por qué no envió a sus lacayos a cogerles?

—Llegó usted poco después que ellos parecían estar discutiendo si entraban o aguardaban.

—¿Les conoce?

—Nunca los vi.

—Si no me hubiese usted llamado, habría yo podido sonsacar qué deseaban.

—La presencia de esos dos Individuos añade otro misterio al de la muerte de mi marido. ¿Usted podría reconocer a esos, dos sujetos?

—Son inconfundibles. Uno de ellos lanzó maldiciones, y alguna de las palabras la comprendí. Son rusos.

—¿Rusos? No sé qué podrían querer.

—No son vulgares ladrones, porque no suelen actuar a plena luz. Seguramente tenían prisa para apoderarse de algo o alguien. Caso contrario, habrían guardado a que anoheciera. Es posible también que usted, sin saberlo, posea algo importante, cuya valía ignora..., o sean los atracadores del Banco Naval y se crean que usted sabe por

confidencias de su esposo quiénes son ellos.

—Sea lo que sea, yo necesito su servicio como "guardaespaldas".

—Un servicio muy agradable, señora.

—Diariamente le daré mil dólares mientras investiguemos. Si nos acompaña la suerte, le entregaré cincuenta mil dólares al terminar. ¿Acepta?

—Me valora usted en mucho.

—A usted, no. Lo que valoro es la venganza de la muerte de mi esposo.

—¿Por qué no solicitó la ayuda de Templeton? ¿No fué un valeroso luchador contra sus antepasados los pieles rojas?

—Yo aprecio a *Mr.* Templeton, y no quiero exponerle a una muerte posible...

—Ya. ¿Y el abogado Beaugard?... Según parece es el íntimo de su familia.

—Por la misma razón, no quiero exponerle. Además, ellos llamarían la atención en los bajos fondos. Usted, no. Bastará con que vista menos limpiamente.

—Aunque fuera desnudo, señora, yo en su compañía llamaría la atención. Lamento defraudarla, pero usted no sirve para andar por entre el hampa. Huele usted a perfume caro y selecto. ¿Francés, verdad? Su oferta es generosísima, pero yo no quiero que una viuda mía se congratule. No arriesgo inútilmente mi vida. Y sería correr un peligro estúpido recorrer el hampa los dos juntos. A los tres pasos, todos la habrían identificado, primero como una dama del gran mundo, y poco después, sabrían también que era la viuda de Norman Trevors, y entonces caerían sobre nosotros una avalancha de marineros vengativos.

—Sólo acudiría a atacarnos el que tuviera interés en silenciarme.

—Señora, es usted muy libre de suicidarse, como yo lo soy de negarme a acompañarla en tan funesto pecado, mortal de necesidad.

—Le hice una oferta espléndida, para quien, como usted se expone continuamente a quedarse seco de un tiro cuando algún jugador perdidoso se sienta engañado.

—Me costó años aprender a hacer trampas y a la vez asimilé la lección de que no basta agilidad en los dedos con el naipe, sino en defenderse. Pero es muy distinto estar sentado a una mesa, vigilando a los demás, que andar por calles oscuras, donde una puñalada traidora termina con el más tramposo.

—¿Sé niega usted, entonces, a ayudarme?

—Usted no me pidió ayuda, sino que me solicitó para algo que por este precio hallará dispuestos a una docena de buenos pistoleros

baratos. Acuda a los compañeros de su marido.

Levantóse Rock Gambler, y sonrió al oír que ella decía:

—¿Acaso será porque se ha ofendido?

—No, señora. Por mil dolares diarios y cincuenta mil como premio final, estoy dispuesto a oír toda clase de lindas bestialidades. Se trata, sencillamente, de que no me interesa lo más mínimo descubrir quién mató a su esposo, si para ello he de llevarla a rastras. Ahora bien; si usted me prometiera cien mil dolares por pruebas evidentes de quién mató a su esposo, quizá me molestase en recorrer yo los bajos fondos en busca de marinos y pilotos.

—Es que... debo yo también.

—¿Por qué?

—Antes dijo usted una cosa extraña, *Mr. Gambler*. Dijo que acaso yo, sin saberlo, guardaba algo de valor, cuya importancia ignoraba. Y de pronto he pensado en lo que me dijo Norman el mismo día en que partió para ya no volver. Había recibido la visita de un antillano que venía malherido. Un hombre que habló incoherencias en su agonía. Venía huyendo, y, por lo visto, quería confesar algo a mí marido, pero la muerte se lo impidió. Norman le registró para averiguar quién era, y puso en un sobre grande cuantos documentos halló encima de él y objetos personales. Una de las cosas que le fueron halladas era de gran importancia, según dijo mi marido. Algo que no le puedo decir lo que era, porque... no tengo confianza en usted.

—Paradójica condición la de usted no revelando cosas ajenas, pertenecientes a un antillano, y revelando, en cambio, intimidades de viuda. Buenos días, señora. Usted tendrá prisa por buscar otros pistoleros que se avengan a sus condiciones; yo la tengo por marcharme.

Irene Trevors, en silencio, vió salir a Rock Gambler. Poco después, de la caja de caudales de su esposo, sacaba el sobre de recio papel donde Norman Trevors había encerrado los objetos personales pertenecientes al antillano Teófilo Arce, cuyos nombres aparecían escritos encima del sobre.

Extrajo un reloj de poco precio, unos papeles grasientos, unos centavos y un objeto rutilante que destellaba áureos fulgores: un brazalete de oro de numerosos eslabones, cerrado por un broche en el que aparecía grabado el emblema pirata del cráneo y los dos huesos cruzados. Y, mirando el brazalete, pensó Irene Trevors que quizá allí estuviera la clave del misterio de la muerte de su marido. Recordaba que Norman Trevors le había dicho que los "Pulsos de Oro" habían atraído el maleficio sobre quienes los poseían.

CAPÍTULO V

ANDANZAS NOCTURNAS

—La vida es áspera, agria y acre —dijo con furia reconcentrada uno de los dos ocupantes de la buhardilla.

El otro, un coloso de ancha barba rubia en abanico y tosca melena alborotada, siguió masticando ruidosamente.

Los hermanos Goldinsky cenaban... Y era la "noche helada" para Igor, el flaco y nervioso eslavo de ojos redondos, negros como cabezas de alfiler, y nariz ganchuda, donde las aletas parecían translúcidas membranas de moribundo.

Reuben Goldinsky prefería no replicar cuando su hermano estaba furioso. Fríamente furioso con mate sudor en su pálida frente marfileña...

El caballete de la nariz en el entrecejo lucía una hendidura amoratada, y, tras enjaretar una sarta de maldiciones, Igor Goldinsky, alzando el hombro nerviosamente, dijo, con voz lloriqueante:

—Eres un espantoso cerdo inmundo, Reuben. Dejaste que el desconocido te pegara. No lo mataste. Dices que huiste conmigo porque yo, desvanecido, era un estorbo. Dices que no querías que el posible ruido atrajera gente. Eres un cobarde, Reuben. ¡Todo era tan fácil! Entrar y secuestrar a la niña de seis años, hija del marino muerto. Traerla aquí, y nos hubieran dado mil dolares. ¿Y qué hemos logrado, hermanito Reuben? Yo, la nariz rota por tu malvada cabeza, y tu demostrar que eres un cobarde. Me das pena, lástima y asco, hermanito Reuben.

Reuben Goldinsky había terminado de devorar la escasa cena. Miró con avidez el plato de arroz y huevo que su hermano había dejado intacto.

—Come, Igor... —insistió, esperando ansiosamente la negativa.

—¡Comer! ¡Comer!... —chilló Igor, histéricamente—. ¡Sólo eso te preocupa! ¡Come, pues, cerdo! —gritó, empujando su plato a través de la mesa—. Llena tu estómago luego ronca con la satisfacción del animal ahíto.

Mientras Reuben dedicábase sin remilgos a comerse la parte de cena correspondiente a su hermano, éste prosiguió:

—Tuvimos ocasión de ganar mil dolares, y tú la dejaste escapar. Ahora allí estarán avisados. ¿Qué le diremos al que nos encargó el trabajo?... ¡Mil dolares! una ocasión única. Tú, rata cobarde, preferirás seguir cargando fardos en los almacenes en vergonzosa y humillante promiscuidad con la hez y la escoria de Washington. Convertido en un mulo humano, Reuben Goldinsky, mi bastardo

hermano, se considera un ser digno de vivir.

—Consigo, al menos, dinero para comer los dos —dijo Reuben, con la boca llena. A veces no le disgustaba exasperar a su hermano.

—El primer trabajo digno que nos encargaron, que era matar el antillano Teófilo Arce, lo fallaste tú. Yo supe clavar mi cuchillo desde lejos, pero tú no supiste dar alcance al que fué a morir junto al oficial de Marina, rodeado de centinelas.

—No nos pagaron los mil prometidos, porque no le quitamos lo que tenía encima, pero nos dieron quinientos.

—¿Dónde está ese dinero?

—Opio —replica lacónicamente Reuben, rebañando el plato.

—¡Y tus princesas de lupanar!... —aulló Igor, en el paroxismo del furor, al recordar no sólo los venales amoríos brutales y rápidos de su hermano, que en una noche orgiástica dilapidaba doscientos cincuenta dólares, sino también la carencia actual de la droga, que era la que le ponía frenético y exasperado—. Te juro que cuando logremos coger a la niña y nos paguen los mil dólares, tú no percibirás uno sólo.

—Pondré en mi bolsillo tantos dólares como tú, Igor. Eres un desquiciado, un esclavo del "humo chino", un loco que goza haciendo espirales de humo...

—¡Calla!

El agudo chillido del exasperado fumador de opio coincidió con la repentina aparición en su diestra de un puñal de corta hoja afilada. Los ojos diminutos de Reuben Goldinsky brillaron perversamente, mientras sus dos manos, anchas y velludas, verdaderas zarpas de oso, crispábanse sujetando el borde de la mesa que le separaba de su hermano.

—Vuelve el cuchillo a su sitio, o te propinaré una paliza, Igor. No olvides que soy tu hermano mayor.

—Eres un ser inculto. Eres un pitecántropo sin pulir. ¡Eres un ser que ni siquiera sirve para asesino!

—No grites como una mujerzuela triste o privada de amores... —gruñó Reuben, disponiéndose a volcar la mesa sobre el débil Igor, ahora peligroso con el cuchillo, que, en su flaca mano venosa, era un arma certera.

Cuando estaba privado de su droga, Igor Goldinsky era un temible y sanguinario asesino. Diferentes en la forma, coincidían ambos hermanos en poseer un total desprecio por la vida ajena.

Reuben Goldinsky masculló:

—Suelta el cuchillo, Igor, o te propinaré una severa paliza.

—Tengo que matarte, Reuben, porque te gozas viéndome sufrir. Te

gozas porque no puedo fumar. Tengo que matarte, Reuben...

—Enternecedora escena de confraternidad...

Las cuatro palabras, que resonaron en el umbral de la puerta, que acababa de abrirse silenciosamente, inmovilizaron a los dos hermanos, quedando cada uno de ellos en su actitud amenazadora, uno frente a otro.

De soslayo vieron a un individuo, alto y atlético, distendido el rostro en sonrisa sardónica, que les miraba malignamente.

El intruso mantenía una pistola en su mano izquierda, apoyándola contra la cadera.

La reducida buhardilla estaba iluminada tan sólo por una linterna marinera que colgaba del techo de maderos carcomidos.

Magnus Cork esperó en vano durante el día entero a Rock Gambler. Se consoló acudiendo a su donante de conformidad. Y el alcohol le concedió una jovial paciencia.

Pero cuando, anochecido, vió entrar a Rock Gambler, apremió, a modo de saludo:

—Bien, ¿y qué le pasó al viejo Laffitte con la linda antillana?

—La linda antillana se llamaba Perla Arce y... ya se lo contaré mañana. Ahora tengo prisa. Vine tan sólo a recoger varias cosas.

—A ratos es usted exasperante —lamentóse el médico.

Rock Gambler recogía su cinto, del que colgaba, arrollado, el látigo. Echóse encima los hombros el largo macferlán gris, cuyo interior era negro, y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—Oiga, Gambler: ¿le acompaño y me cuenta por el camino el final de la historia de los brazaletes de los Laffitte?

—Las andanzas nocturnas pueden sentarle mal, "doc". Voy a un sitio donde muchas veces disparan primero y luego preguntan.

—Razón de más para que le acompañe un médico.

—Las balas no respetan la carne de matasanos.

—Llevo un chaleco protector de corcho y algodón, debajo de mi camisa. Ha sido una comprobación mía. Todos disparan con preferencia hacia el pecho, porque ofrece más blanco... Y tengo un bastón dotado de una virtud especial, que, en caso de empleo, se quedará usted pasmado, Puedo, pues, serle de utilidad. ¿Dónde Vamos?



—Enternecedora escena...

—He perdido el día investigando cosas curiosas. Primero, quise

enterarme de lo ocurrido con un antillano llamado Teófilo Arce, ¿Se da cuenta? ¿No ha oído antes este apellido?

—Es el de la antillana que era la amante del viejo Laffitte.

—Sí. Este antillano fué a morir en la caseta de los guardias marinas. No me fué difícil averiguar su nombre. Después pasé a buscar el paradero de dos rusos. Me fue también fácil. Y, ahora voy a visitarlos. No sé por qué tengo la impresión que ellos serán los que le contarán a usted el final de la historia de los cuatro "Pulsos de Oro". Y ahora, chitón, "doc". Por la calle hay muchos oídos. Viértame máximas de las suyas. Esas filosofías baratas que usted se gasta...

Magnus Cork quedóse fuera, en el rellano de la buhardilla instalada en lo alto de un almacén desocupado.

Oyó la frase de saludo de Gambler al empujar la puerta entreabierta:

—Enternecedora escena de confraternidad...

Pudo percibir también por un instante que, bajo la rojiza luz de la linterna, los rostros de Reuben y su hermano ostentaban palideces sonrosadas de maniqués de cera.

—Clava tu cuchillo en la mesa, Igor —ordenó Gambler—. Y ambos extender las manos de plano, que las vea yo bien... ¡Nervioso!

La última palabra, que pronunció Gambler como en amable reproche, iba dirigida a Igor Goldinsky, que acababa de lanzar su cuchillo.

El corto puñal clavóse en el dintel de la puerta, y a la vez que Gambler daba un salto de costado, su pistola vomitó una llamarada.

El brazo derecho de Igor Goldinsky se agitó espasmódicamente, y el ruso volvió a caer sentado, sujetándose con su mano izquierda el bíceps taladrado por el disparo.

—Quieto, Reuben... —advirtió Gambler. dirigiendo el cañón humeante hacia el coloso rubio, que iniciaba un cauteloso movimiento de avance—. Habéis elegido por gallinero un lugar donde no se preocupan por disparos de más o de menos, y tú ofreces mucho blanco. ¿Duele, Igor? Más te dolerá la carne que te queda intacta, si no contestas a mis preguntas. Siéntate, Reuben, y no andes haciendo el oso remolón.

—¡Aplástalo! —gritó Igor—. ¡No le temas, cobarde!

—Un disparo en la lengua es un tiro de suerte que nunca he probado, Igor —dijo Gambler, reflexivamente.

Pero su pistola seguía apuntando a Reuben Goldinsky.

De pronto, Igor, con la energía nerviosa que le proporcionaba su furor de exasperación, abalanzóse a ras de suelo y logró acercar sus manos a los tobillos de Gambler, mientras con una obscena imprecación, Reuben Goldinsky lanzábase hacia delante con los puños cerrados.

Gambler limitóse a bajar la mano armada, y el culatazo aumentó la fuerza del golpe que asestó en la nuca del toxicómano, y al caer de bruces sin sentido Igor, quedó detenido Reuben en su avance por el brazo derecho que en toda su envergadura le tocó por dos veces.

Reuben Goldinsky, infatigable cargador de fardos y asesino ocasional, retrocedió aturdido, bufando iracundo.

Habían sido tan sólo dos golpes, secos, rápidos y precisos. Uno en la frente y otro matemático que le dejó unos instantes resollando, al alcanzarle con precisión en la nuez de Adán, bajo la ancha barba.

Guando se dispuso a avanzar de nuevo, vio que su adversario había enfundado la pistola. Pero no supo adivinar que el brusco levantamiento de la rodilla del intruso iba destinado a su estómago.

Doblóse encogido al sentir la redonda y dura presión. Rock Gambler levantó los dos puños entrelazados por los dedos cerrados y las vértebras, del cuello de Reuben Goldinsky crujieron en su cogote.

Abatióse el ruso como un buey apuntillado. Magnus Cork, mudo espectador, entró en la buhardilla.

—Hermosa manera de eliminar a dos seres que se ponen pesados. Soy un experto en vendajes. Déjeme maniobrar ahora. Usted es el enfermero que me ha entregado anestesiados a los pacientes que deben contarme el final de la interesante historia de los "Pulsos de Oro". Yo les colocaré cómodamente.

Magnus Cork, acercóse al tendido coloso y lo arrastró hasta dejarlo sentado contra la pared, fuertemente maniatadas las muñecas tras las espaldas con él ancho cinto que le quitó.

Después ató concienzudamente al inconsciente Igor. Pero le ataba originalmente: lo había tendido encima de la mesa, y por debajo de ella le reunía muñecas y tobillos, enlazándolas con una sucia manta que desgarraba en tiras y que había quitado del camastro.

Y entonces sentóse en un taburete, junto al sentado coloso desvanecido, pero que empezaba a gruñir palabras ininteligibles.

Rock Gambler descolgó de su cinto el látigo de larga correa arrollada alrededor del corto mango.

—¿Es usted muy sensible, "doc"?

—Depende. Pero si se refiere a esos dos hermanos, no soy en lo más mínimo sensible. Les he oído hablar como dos bestias..., y, por tanto, no merecen otro trato que el que las bestias se merecen.

—Yo aprecio mucho a los animales, "doc".

—Yo, también. Al hablar de bestias, me refiero a los seres humanos, cuando se olvidan de que la bondad y la ternura es lo que hace la vida bella.

—Usted es un borracho soñador, "doc" —y, al terminar de hablar, hizo Gambler restallar su látigo contra el suelo de la buhardilla.

Levantó Reuben los pesados párpados, y en la mesa Igor pestañeó, hasta lograr concentrar su pensamiento en lo que estaba ocurriendo.

—Un "knut" para mujiks testarudos, hermanitos. No azotaré si vosotros no sois torpes y contestáis cortésmente a mis preguntas corteses. Os advierto lealmente que soy muy desconfiado y las mentiras ajenas me sublevan. Habla tú primero, Igor, que tienes cara de muchacho precoz. Dime: ¿quién te pagó quinientos dolares por matar a Teófilo Arce?

—¡Pegar a un hombre indefenso, canalla! —gritó Igor, retorciéndose, en vana pugna por liberarse.

—Seguro que tú le diste a Teófilo Arce un escudo antes de arrojarle por la espalda tu cuchillo, buen chico.

—Habla, Igor —dijo Reuben, estriados los ojos y tartajosa la lengua—. Este hombre te dará una paliza si persistes en callar.

—Prodigios de la Naturaleza. El oso obtuso demuestra ser listísimo, mientras el zorro demuestra ser torpe. Habla tú, Reuben.

—Yo no sé nada, porque fué Igor el que recibió el encargo —dijo Reuben y se le adivinaba totalmente sincero—. Lo único que sé, es que tenía que robarle a Teófilo el antillano un brazaletes de oro, pero no lo conseguí porque este antillano echó a correr como un corzo pese a estar herido de muerte, y se metió en la casa de los marinos que vigilan la entrada de los oficiales. Pero no sé más que eso. Teníamos que apoderarnos de un brazaletes de oro. Y como no lo logramos, teníamos que raptar la hija del oficial de Marina que impidió con sus soldados que nosotros diéramos caza al antillano. Esta mañana fuimos con esta intención, y tú llegaste. Yo huí porque mi hermano era un estorbo para luchar contigo y también porque no quería llamar la atención.

—Entonces. ¿Cuando yo llegué os disponíais a raptar la niña?

—Sí.

—¿A quién debíais entregarla?

—Al mismo que nos pagó por matar al antillano y robarle el brazaletes que no pudimos.

—¿Y quién es éste?

—Sólo Igor lo sabe, porque es con él con quien trata. Habla, Igor, porque si te obstinas en callar perjudicarás nuestra situación.

Igor Goldinsky agitó la cabeza denegando frenéticamente. De pronto, Rock Gambler corrió silenciosamente hacia la puerta. Acababa de oír netamente el ruido de la puerta grande del almacén abrirse, y unos pasos haciendo crujir los peldaños de la escalera que conducían a la buhardilla.

Fue bajando para salir al encuentro del que llegaba, y que no podía ser otro que el misterioso sujeto que pagaba a los hermanos Goldinsky para intentar apoderarse del cuarto "Pulso de Oro".

Descendía cautelosamente por la obscura escalera cuya anchura era escasa. Estaba a mitad de los tramos cuando vio atravesar la puerta por una corpulenta silueta que huía.

Bajó ya a saltos, pero al llegar a la puerta, en evitación de una desagradable sorpresa, empujó un tonel vacío y, parapetándose tras el redondo barril, salía al exterior.

Reprimió una maldición, porque habían venido a pie, y el que huía lo hacía a uña de caballo.

Dió media vuelta porque le era imposible hacer blanco en el jinete que había ya desaparecido por entre la arboleda.

Subía las escaleras, cuando aceleró el paso, alarmado. Netos y restallantes acababan de sonar tres disparos seguidos.

Procedían de la buhardilla...

Al entrar, un espectáculo sangriento se le ofreció. Magnus Cork yacía en el suelo, con las dos manos en garfiadas. en el pecho.

Reuben Goldinsky tenía la frente agujereada, y era tan mortal y certero el disparo que le silenciaba para siempre, como el que atravesaba el costado izquierdo de Igor Goldinsky.

Magnus Cork se movió y, poniéndose en pie, corrió hacia la única ventana de la buhardilla.

—¡Por aquí dispararon! ¡Una mujer!

—¿Sabe quién es ella?

—Nunca la he visto.

Asomóse el médico y señaló a lo lejos. Otro jinete envuelto en capa oscura se alejaba a todo galope.

—¿Usted qué hacía en el suelo jugando a ser cadáver? —interrogó malhumorado Rock Gambler.

—Demostrando que de cada tres disparos, uno es al rostro. Me hincaron la bala en el chaleco de corcho. Pero me fingí muerto para no serlo de verdad.

—Consuélese. Lo será pronto. Le creen muerto, pero si le ven por ahí, tienen sobre usted una ventaja. Usted no sabe quiénes son ellos, y ellos, en cambio, sí le han visto. Son listos. Mientras uno me atraía hacia abajo haciendo voluntariamente ruido, el otro, que usted supone

una mujer, liquidaba a sus cómplices y a usted como testigo.

—Creo que, en su propio interés, deberá usted dar pronto con la personalidad del que pagaba a los hermanos Goldinsky. No les será difícil saber que los dos estamos juntos.

Hasta que no estuvieron en el exterior no abandonó realmente Gambler su tensa actitud vigilante.

Cuando alcanzaba ya la parte poblada, con sus luces, transeúntes en mayor parte soldados, murmuró Magnus Cork:

—Bien: ¿y qué le pasó al viejo Laffitte con Perla Arce?

—Mañana por la mañana lo sabrá,

Y, pese a las protestas del médico, no supo aún la historia de los "Pulsos de Oro", porque al llegar al hotel, y después de "atrincherar" ventanas y puertas, Rock Gambler se tendió a dormir.

CAPÍTULO VI

CONFIANZAS

Irene Trevors había decidido hacer dos visitas, en petición de consejo. La primera de ellas la verificó en la propia casa donde había hallado la muerte su esposo.

Atravesó ella el vestíbulo, sin tener la menor sospecha de que el tapiz que pisaba era el lugar en el que Norman Trevors había caído acribillado.

Humphrey Beaugard la escuchó consuma atención mientras ella exponía su fracasado intento de conseguir que Rock Gambler le sirviera de acompañante en sus investigaciones para hallar al asesino de su marido.

—Yo creo, Irene, que te será difícil lograr lo que te propones.

—Lo sé, pero no por eso he de cejar hasta lograrlo. Pediré también consejo a Templeton, Él conoce a muchos individuos de todas clases.

—Templeton se ha retirado ya de su vida accidentada, y disfruta ahora un cómodo reposo. Yo podría ayudarte, Irene, pero sería inútil. Si, como crees, el asesino de tu marido es el autor del atentado al Banco Naval, nadie más que Norman sabía quién era, al llevarse él su secreto a la tumba, no tienes ninguna pista.

—Este crimen no puede quedar impune, Humphrey.

—El criminal pagará. No lo dudes. Pero morirá en cualquier rincón, lejos de ti. Hallará su castigo —fué diciendo Beaugard con hondo convencimiento—. Pero muerto por otras manos. Trata de olvidar la venganza, Irene. Dedícate a tu hija. Por ella no debes correr peligros.

—Hay algo más que quería consultarte, Humphrey. ¿Tú oíste hablar de los "Pulsos de Oro"?

Humphrey Beaugard poseía un dominio perfecto de sus nervios. No se sobresaltó siquiera al oír mencionarla lo que constituía su actual meta.

—No —dijo con indiferencia.

—Norman me lo explicó muy vagamente. Según parece, se trata de cuatro brazaletes. Quien los reúna, sabrá el lugar exacto donde se halla hundido el tesoro de los piratas Laffitte. Un antillano moribundo vino a buscar tardío refugio en el cuerpo de guardia naval. Mi marido recogió sus objetos, y entre ellos había un brazalete de oro, con el emblema de los Laffitte. Yo conservo este brazalete en la caja fuerte. Pero me temo que, por apoderarse de él, puedo correr peligro. Por mí no me importaría, pero es por mi hija. ¿Qué debo hacer?

—Entrégalo a alguien de confianza.

—He pensado en ello. Podría dártelo a ti, o entregarlo a las autoridades navales, pero no cesa para mí el peligro, pues quienes anden tras este brazalete, al no saber que yo no lo poseo ya, persistirán en sus intentos.

—Realmente, tu situación es complicada, Irene, si crees que tanta importancia tiene este objeto. Déjame pensar en ello, y mañana vendré a darte una solución que lo arregle todo satisfactoriamente.

Marchóse Irene Trevors para ir a visitar a Thomas Templeton, mientras Humphrey Beaugard, al mediodía, se entrevistaba con Alice Templeton.

—El azar nos favorece, Alice —dijo monótonamente Beaugard—. He hallado el cuarto brazalete, que el antillano debía entregar a tu tío.

Ella, excitada por la noticia, cogió las manos del abogado.

—Entonces, Humphrey, ¡ya hemos triunfado!

—Falta lo más esencial. Yo lograré convencer a Irene para que deje el brazalete a la custodia de Templeton, y se aleje con su hija de Washington. Entonces, deberás esperar la ocasión propicia. Tu tío tendrá ya los tres brazaletes, y el que posee Carruthers ya me encargará yo de cogerlo. Glenn Stack te ayudará, por si te faltara el valor, a abrir la caja donde Templeton guarda los brazaletes. Sabes ya cuáles, ¿no.? Así me lo aseguraste.

—Si tú consigues que Irene entregue este brazalete a Templeton, yo te prometo que cumpliré.

—Podría yo intentar cogérselo a Irene. Me sería facilísimo, pero podría sospechar tu tío. En cambio, de esta forma, Thomas Templeton no sospechará.

Thomas Templeton acogió a Irene Trevors con cordial delicadeza. Habló de Lilian, la hija de los Trevors, afirmando que el cariño de una hija a la cual se quiere como Irene quería, es un gran consuelo.

Escuchó con atención, el relato del fracaso, de Irene al pretender asegurarse del servicio de Rock Gambler.

—¿Cree usted que acaso Gambler se ofendiera por mi modo directo de solicitar su ayuda?

—Quizá... Es posible. A veces el aventurero más cínico, tiene susceptibilidades pueriles. De todas formas, no te es preciso la ayuda de Gambler. No hagas nada. Yo te doy mi palabra que, por el cariño que os profesaba, me he tomado interés en averiguar quién pudo matar a tu esposo. Tengo a una persona muy sagaz ocupada en investigar los últimos movimientos de Norman. Yo averiguaré lo que

deseas saber, y te prometo que cuando sepa quién mató a Norman, te lo comunicaré. En estas cosas, Irene, te puedo comprender muy bien y considero muy legítimo tu deseo de venganza.

—Gracias, Templeton. Quería consultarle otro extremo. Esta mañana había dos individuos al acecho en mis jardines. Uno de ellos llevaba una mordaza. Parecían esperar la salida de alguien. Es la hora en que, acompañada de su aya, Lilian va al colegio. Hoy no fué porque está algo sorprendida. Le dije que Norman... se fué a un largo viaje. Ella estaba muy enfadada, porque él no se despidió de ella. Y tengo miedo, Templeton. Será la reacción, pero ahora temo por mi hija.

—No debes. Quien mató a Norman no tiene ningún motivo para haceros daño ni a ti ni a Lilian.

—Es que... hay otra cosa de por medio.

Volvió ella a repetir lo sucedido con el antillano. Thomas Templeton, el hombre que había visto muchas veces la muerte de cerca, juntó las dos manos hasta que sus nudillos cruzieron.

—¿Y dices que esté brazaletes en tu poder?

—Sí. Norman debía entregarlo a las autoridades, pero la muerte se lo impidió.

—Conozco ésta historia de los "Pulsos de Oro", Irene. Demasiado bien. Y lo que acabas de decirme me demuestra que hay alguien que anda tras la pista de esos brazaletes. Creo que si sigues conservándolo en tu poder, corres peligro. Te hablaré con franqueza, Irene. Yo he comprado dos de estos brazaletes. Carruthers posee otro, y este que tu marido recogió en el muerto antillano debía venir a mí poder. ¿Te sorprende? He preferido hablarte así, a mantenerte en el engaño. Ahora sé que hay alguien que ha seguido al antillano. Alguien que no vacilará en seguir matando... para conseguir ese brazaletes.

—¡Ese alguien puede ser el asesino de Norman!

—Puede ser. Lo reconozco, Irene. Razón de más para que te ausentes con tu hija de Washington, antes que sea tarde. No me extrañaría que estuvieras vigilada. ¿Percibiste si alguien te seguía?

—No.

—Té acompañaré a tu casa. Yo mismo te pondré a buen recaudo lejos de aquí, con hija. Te certifico que si alguien nos sigue, me dará cuenta. Obedéceme, Irene. Es por vuestro bien. ¿Tienes confianza en mí?

—Completa.

—Eres una mujer y hubieras ido a la muerte en tu vano intento. Hizo bien Gambler en no aceptar tu oferta. Yo te juro que, tan pronto sepa lo que estoy investigando, sabrás quién dió muerte a Norman. En cuanto al brazaletes, yo tenía que pagar por él doscientos mil dolares.

Pongo esta suma a tu disposición.

—No. Yo le entregaré este brazalete, aunque creo que debería ser entregado a las autoridades.

—Sí. Y lo entregaremos a las autoridades.

—No le comprendo.

—En previsión de un posible robo, yo he encerrado en mi caja los dos brazaletes. Pero no son los de los Laffitte. Son imitaciones, con un número de eslabones distinto, y sin los signos reales que poseen los legítimos, sino con otros signos tan cabalísticos, y cuyo significado sólo puede adivinarse al poseer los cuatro brazaletes. En mis tiempos de minero, eran muchas las horas solitarias. Aprendí a fundir y grabar. Entregarás a las autoridades navales un brazalete imitación, y ellos harán lo que suelen hacer. Pondrán un anuncio en la prensa, notificando que el heredero o herederos del difunto Teófilo Arce puede pasar a recoger los objetos de su pertenencia que se especifican. Y citarán el famoso brazalete... falso. Quizá con eso y tu ausencia, lograremos que el peligro que actualmente pesa sobre ti. desaparezca.

Confortada. marchóse Irene Trevors acompañada por Thomas Templeton. Durante el camino vigiló el antiguo minero y trampero. No vio a nadie. Tampoco había aparentemente nadie en el exterior de la casa de los Trevors, y a la noche llegó de nuevo a Washington. Templeton, habiendo dejado Irene y su hija en lugar seguro.

A la mañana siguiente recibió la visita de un excitado Carruthers, qué blandía el periódico, apuntando con un índice hacia una notificación del Ministerio de Marina, comunicando que el heredero o herederos del difunto antillano Teófilo Arce podía recoger los objetos, que se citaban.

—...¡y hemos perdido el cuarto brazalete, Templeton! —clamó Carruthers, dejándose caer abatido en un sillón.

—Lo tengo en mi poder, amigo.

Pero no explicó lo que había explicado a Irene, sino que dijo que el antillano, al ser muerto, llevaba, en su poder un cuarto "Pulso de Oro", imitación del legítimo.

—¿Cómo he conseguido el verdadero? Se lo contaré en el momento oportuno. Quiero tan sólo, Carruthers, que sepa usted que ahora participo de su aprehensión. Hay alguien, que aun no sé quién es, lanzado sin escrúpulo alguno tras esos brazaletes. ¿Usted confía en mí?

—Por entero.

—Entonces, demé a guardar su brazalete. Esta noche, juntos, pondremos los cuatro brazaletes unidos y sabremos el misterio que ya tantas vidas ha costado. La del viejo Laffitte, la de su amante Perla, la

del hermano de ésta... y quizá la de Norman. Venga está noche con el brazalete.

Carruthers se marchó seguro ya de haber alcanzado la meta dorada. Pero Alice Templeton cumplía.

Siempre que llegase Carruthers debía estar a la escucha. Y fué a comunicar que por la noche Carruthers se reuniría con Templeton y juntos estudiarían el misterio de los "Cuatro Pulsos de Oro".

Humphrey Beaugard y Glenn Stack al irse Alice, se miraron. Permanecieron en silencio hasta que Humphrey Beaugard sonrió, tristemente, al oír decir a Glenn Stack:

—Tres socios tocan a menos que dos. Una mujer es siempre molesta y charlatana. Ahora bien, si quieres a Alice, nada de lo dicho. Pero si, como supongo, sólo te quieres a ti mismo...

Hizo una pausa significativa. Humphrey Beaugard habló con monótona entonación:

—El primer crimen es el que cuesta, Glenn. Si tenemos que matar a Templeton y a Carruthers para evitarnos ulteriores molestias, es más justiciero liquidar también a Alice. Traicionó a su tío, que se portó con ella noblemente. Me harta esta mujer.

—Lo celebro.

—Es románticamente sensual, con y lo cual añade otra nueva mentira a su personalidad. Cuando esta noche, nos conduzca a los "Pulsos de Oro", entonces respiraré...

Glenn Stack rió con su peculiar risa silenciosa. Brillaba en sus ojos cierto fulgor homicida.

—Si te entristece aun más el liquidarla, yo puedo hacerte este favor de amigo. Creo que ella te quiere porque le proporcionas siempre la deliciosa sensación de no saber si vas a abrazarla o a matarla. Una emoción muy particular.

—Es una muchacha de aspecto sano, pero íntimamente es un complejo morbosos... como tú y yo.

—Ha tenido, sin embargo, la feliz ocurrencia de ponerte en el camino de la gran fortuna.

—No negaré que me ha proporcionado la ocasión de enriquecerme, pero he de matarla... Tarde o temprano nos estorbaría y estoy ya ahído de ella. Nunca he conocido nada más torturante que ser amado sin amar.

—¡Dímelo a mí! —exclamó Glenn Stack, con fatuidad—. El empacho de mujeres es tan irritante como la falta de ellas.

—Dejemos esta conversación que parece propia de contertulios de club de cazadores. Está noche los "Cuatro Pulsos de Oro", serán nuestros.

CAPÍTULO VII

INTERCAMBIO

Magnus Cork seguía sin saber lo que le había sucedido al viejo Laffitte, aunque tenía sus barruntos por deducción.

Pero por la mañana, apenas habíase levantado, Rock Gambler partió y eran ya las cinco de la tarde, sin que hubiera regresado.

Recordaba, sin embargo, la advertencia de Gambler antes de irse:

—Cúidese, "doc". Nos metimos en este asunto por curiosidad y ahora se ha convertido en vital. Los que se mueven en la sombra creerán que sabemos algo y tratarán, por todos los medios, de silenciarnos. Por lo tanto, vigile y no abra la puerta a nadie, sin cerciorarse de quién es y por si acaso hágalo con una pistola al alcance de la mano.

Por eso, cuando en la puerta de la habitación del hotel, sonaron unas llamadas, Magnus Cork descorrió el cerrojo, pero colocando como medida de seguridad, la cadenilla de cierre. Por la ranura entreabierta, vio a su antiguo amigo, Thomas Templeton. Abrió del todo...

—Hola, Templeton. Pase, amigo. Me agrada verle.

—En realidad, no vine a visitarle a usted, doctor. Estoy magnifico de salud. Y en cuanto a nuestra, amistad, no necesita de visiteos. Ya sabe que en mi casa tiene siempre un buen Oporto y mis mejores cigarros. ¿Y *mister* Gambler?

—Seguramente no regresará hasta tarde. No suele confiarme dónde va ni que hace.

Sentóse Templeton.

—Yo le conozco de antiguo, doctor, y tengo plena confianza en usted. Vine para entregar a *mister* Gambler algo. Para mí Gambler es una imagen de lo que fui. Quizá yo era menos duro menos sarcástico, pero en el fondo somos semejantes. Tengo esta noche que emprender un viaje y estaré ausente dos días. Si en este tiempo, tuvieran noticias de que me ha sucedido algo irremediable, dígame a *mister* Gambler que queda autorizado a abrir este sobre lacrado.

Y, a la par que hablaba, entregó Templeton un sobre con cinco lacres.

—Si, como espero, nada me ha sucedido, me devolverán este sobre. Confío en dos cosas: Gambler no abrirá este sobre a menos que me ocurra un accidente y entonces necesite de él, porque sé que su afán de aventura le hará evitar que ocurra algo desagradable a dos personas inocentes, como le explico en esta carta. Por el momento, no soy más explícito, porque sé que usted no me atosigará con preguntas.

—No. He perdido curiosidad por las cosas importantes. Y juzgo, por su tono, que usted se trae entre manos algo muy importante. Pero ya sólo siento curiosidad por cosas no actuales. Por ejemplo, hay una historieta cuyo final estoy esperando impaciente a que Gambler me la acabe de contar. Puede estar tranquilo, Templeton, de que todo se hará tal como desea y tengo la certidumbre de que este sobre le será devuelto intacto. Usted es un zorro viejo, Templeton, y sabe navegar con buena brújula.

—Se pierden facultades, cuando el paréntesis de reposo es prolongado, Magnus. Le veré a mi vuelta.

Apenas las primeras sombras de la noche ahuyentaron los últimos resplandores del día, James Carruthers descendió de su coche frente a la morada de James Templeton.

En el ático, Alice Templeton, en compañía de Glenn Stack y Humphrey Beaugard, murmuró:

—Ha llegado el momento, Humphrey. Mi tío, para estar, más seguro, dió permiso a todos los criados para ausentarse hasta la medianoche. Ahora, poseeremos los brazaletes de oro que nos han de llevar a ser ricos, fabulosamente ricos...

Murió plasmada en su rostro una expresión de cupidez ambiciosa. Y le sirvió de mordaza al grito de agonía que iba a lanzar, la diestra de Humphrey Beaugard, que, tras ella, acababa de hundir con su mano izquierda un cuchillo en su costado.

Una puñalada certera y mortal, que reducía a dos el número de socios.

James Carruthers no podía ocultar su nerviosismo cuando, sentado frente a Templeton, éste extendió encima de la mesa tres brazaletes de oro.

—Con el tuyo, estaremos ya en posesión del secreto de los Laffitte. Y averiguado el lugar donde se hundió el barco, partiremos hacia allá para estudiar el mejor método de empezarla labor, sin que nadie pueda sospechar.

James Carruthers sacó de su chaleco una bolsa que abrió. Extendiendo sobre la mesa el cuarto brazalete.

Los eslabones de oro destellaban. Sonrió Templeton...

—Estás nervioso, James.

—No puedo evitarlo. Recuerda lo que dijo el antillano. Pesa una maldición sobre estas joyas. Un maleficio que atrae la muerte sobre aquellos que los posean. Fueron las últimas palabras del viejo Laffitte,

cuando moría dándose cuenta que había sido engañado por Perla Arce.

Y Perla Arce murió a manos de su novio, al cual también dió muerte Teófilo Arce, que vino a morir aquí.

—No es maleficio. Es el oro, James. Todos luchan y se matan por el oro. Estos pulsos de oro son un símbolo de riquezas y muerte.

—Vámonos ya, Templeton. Me ha parecido oír como un deslizarse de pasos.

—No hay nadie en casa. Di permiso a los criados.

—¿Tu sobrina?

—La vi salir acompañada de Glenn Stack y Humphrey Beaugard, que vinieron a buscarla.

James Carruthers se puso en pie, precipitadamente.

—¡Oigo pasos, Templeton!

Thomas Templeton miró hacia una de las ventanas. Vio una sombra y rápidamente hundió su mano en el cajón de la mesa despacho...

Pero desde el umbral, Humphrey Beaugard disparó por tres veces consecutivas, mientras que desde la ventana, Glenn Stack disparaba contra James Carruthers.

Fueron ensordecedores los estampidos en la sala. No habían acabado de desplomarse los dos hombres cuando ya Humphrey Beaugard avanzando recogía los cuatro brazaletes, que hundió en el bolsillo de su larga levita.

Glenn Stack aplicó en cada sien el cañón de su humeante pistola y mientras estaba haciéndolo, sonreía nerviosamente, bailándole un párpado siniestramente.

Se enderezó, descargada la pistola. Y, de pronto, creyó percibir algo extraño en la triste mirada de Humphrey Beaugard, que le apuntaba hacia el estómago.

—Un socio toca a más, Glenn Stack. Sigo tu consejo.

Las tres balas que le quedaban en la pistola, fueron a incrustarse en el cerebro y el pecho de Glenn Stack.

En la mano inerte de Thomas Templeton puso Beaugard su propia pistola descargada y abandonó la estancia después de recoger la pistola que vanamente había intentado coger Thomas Templeton.

Saltó por la valla del jardín, porque oyó rumor de pasos precipitados que se acercaban a la casa. Los disparos habían atraído a vecinos. Pero ya Humphrey Beaugard estaba lejos cuando los primeros curiosos entraban en la sala donde yacían tres cadáveres.

Magnus Cork, a las ocho de la noche, ostentó una mueca burlona cuando vió entrar a Rock Gambler.

—¿Buscando a los desconocidos justicieros que matando a los Goldinsky me privaron de escuchar el final de la historia de Laffitte?



—¡Oigo pasos, Templeton!

—Los Goldinsky no sabían el valor del brazalete de oro.

—Tampoco yo sé la historia. Le hago un intercambio. Tengo una novedad muy interesante. La cambio si usted me cuenta el final de la historia.

—He cenado, y como sobremesa acepto el intercambio, aunque su novedad será, sin duda, espíritu de alcohol. Apesta usted, "doc". Así debía oler el viejo Laffitte cuando bajo las palmeras del trópico se mecía en una hamaca, abanicado por Perla Arce. Ella logró embaucarle con el embeleso de sus caricias juveniles. El pirata no desconfió, porque seguía creyéndose un apuesto aventurero dominador de voluntades femeninas. Espero que nunca llegaré a viejo...

—No se aparte del tema. La historia de usted por ahora no me interesa. No llegará usted a viejo, Gambler. Siga.

—Le contó Laffitte el secreto de los cuatro brazaletes. Le dijo que

los poseía él y los tenía escondidos donde nadie sabría hallarlos. Y que iría a la busca del tesoro, tan pronto encontrara varios antiguos amigos que pudieran ayudarle. Reveló el lugar: la tumba de su tercer hermano, el muerto en duelo. Entonces Perla lo contó a su novio. Y ambos fueron a la tumba... Pero cometieron un error. Él, por venganza contra el viejo senil y ella por lo que había tenido que soportar, fueron a reírse del viejo pirata, después de que ella le denunció. El viejo Laffitte subió serenamente al cadalso y desde allí escupió hacia donde Perla, enlazada por la cintura con su joven novio, le mostraba la lengua, burlonamente. Y dicen que Laffitte, con voz de trueno, gritó: "Maldición sobre los "Cuatro Pulsos de Oro". Quién los posea morirá de muerte violenta a manos del que menos piense. Tú, pérfida coquetuela que me estás oyendo, morirás estrangulada por tu propio novio. Y éste perecerá a manos del hermano vengador".

Hizo una pausa Gambler, que había ahuecado la voz burlonamente:

—Lo cierto es que la profecía se cumplió. Perla murió estrangulada por el galán, y éste pereció a manos de Teófilo. El *bayou* se revolvió... Todos buscaban a Teófilo, pero nadie sabía dónde hallarlo. Y ha venido a morir aquí en Washington.

—Entonces, quien mató a los dos Goldinsky puede muy bien ser algún forajido, del *bayou* ...?

—Algún día lo sabrá. Yo he venido a Washington para hallar un piloto y no meterme en un rompecabezas. ¿Qué novedad era la suya?

—Esta carta. Mire los lacres. Huele a misterio. Me la entregó esta tarde Thomas Templeton. Va a emprender un corto viaje, pero, por lo visto, teme algo. Si le sucede cualquier cosa, estamos autorizados a romper los lacres. Habló de dos seres inocentes en peligro.

—Yo creo que los dos seres inocentes en peligro somos usted y yo, "doc".

—¿El maleficio de la maldición póstuma del viejo Laffitte?

—Hay dos sombras que no sabemos quiénes son. No me gusta luchar con sombras.

—¿Las estuvo buscando hoy?

—Soy supersticioso "doc". Creo en la maldición de Laffitte.

—Estas historietas de tesoros son muchas veces fruto de imaginaciones pobres que no saben ya a que tema acudir para suscitar interés.

—¿Por qué, pues, tenía tanto empeño en conocer el final?

—Paradoja humana. Por más escépticos que pretendamos ser, siempre tenemos la ingenuidad de creer en los romances.

—Más hermosa es esta ingenuidad que creer en las palabras de un

político, enfermedad muy extendida. Cierre bien el pico, ahora, porque me voy acostar. Anoche dormí poco y hoy he andado mucho.

—¿Tras las sombras?

—Tras algo palpable. Una mujerzuela muy amiga de Reuben Goldinsky, cuya pista me fué fácil seguir, dado el tipo raro del ruso, que ha sido amable conmigo.

—Ya sabía yo que usted deseaba que las sombras se convirtieran en seres de carne y hueso, para poder, en anticipada y legítima defensa, romperles las mandíbulas a puntapiés.

—La circunstancial amiga de Reuben, supo decirme quién era el que vendía opio a Igor. Tuve que romperle la mandíbula al dueño del fumadero, pero éste me informó después, amable, aunque algo dificultosamente de que Igor decía que había hallado un filón. Y en sus delirios de opio murmuraba dos nombres.

—Interesante. ¿Dos nombres conocidos?

—Al menos, son identificables. No son Smith ni Parker. Y se me antojan nombres de forajidos del *bayou*. Ya sabe, o debía saber si no fuera un ignorante, que allá se reúnen escapados de las cárceles de todas las naciones. Y, los dos nombres que pronunciaba Igor eran Rupert von Stroheim y Hilda.

—Alemanes —sentenció solemnemente Magnus Cork, empezando a desnudarse.

—Es usted un talento, doctor. ¿Qué haría yo sin usted?

—Me, horripila la fácil ironía. Buenas noches.

CAPÍTULO VIII

LA MUÑECA DE TRAPO

Magnus Cork dormía profundamente. Tenía por costumbre leer antes de acostarse y acompañaba su lectura con frecuentes libaciones. Por eso despertaba siempre tardíamente.

Pero esta vez despertó bruscamente, al ver que Rock Gambler, ya vestido, estaba junto a la ventana leyendo...

Y a sus pies estaba el sobre lacrado, cuyos sellos habían dejado de ser redondeles rojos para convertirse en cuarteados despojos.

—¡Oiga! ¡Esto es faltar a un compromiso! —exclamó, desde la cama.

Rock Gambler aunque no lo exteriorizaba, tenía afecto al hombre que habíase convertido en un dipsómano desde la muerte de su hijo.

Cesó de leer para gruñir:

—Yo no me comprometí a nada. Fué usted en mi nombre. Lea el periódico, mientras yo termino esta carta.

Magnus Cork desdobló el periódico y leyó con avidez bajo los titulares, que no hablaban de guerra:

"LOS FINANCIEROS THOMAS TEMPLETON Y JAMES CARRUTHERS HALLAN LA MUERTE EN CIRCUNSTANCIAS MISTERIOSAS".

Seguía un relato de que, atraídos por disparos, habían acudido varios vecinos para encontrar los cadáveres de Templeton y Carruthers, que a todas luces habían sido asesinados por Glenn Stack. Y el periodista daba su parecer que posiblemente el hallazgo del cadáver apuñalado de Alice Templeton, revelaba la existencia de un crimen pasional, seguido por una triple muerte al salir los dos financieros a interponerse a la huida del criminal.

—Mueren a diario hombres en los campos de batalla —comentó Magnus Cork—, y, sin embargo, las muertes así en frío, impresionan desagradablemente. ¿Usted cree esta posibilidad de Glenn Stack matando por despecho amoroso?

—Usted no sabe leer, "doc".

—He leído perfectamente que...

—¿No le extrañan los tiros en la sien de Carruthers y Templeton?

—El tiro para rematar.

—Así murió también Norman Trevors. Lea esta carta y verá la relación entre estas muertes. A usted, que le gustan las historias macabras, le gustará saber que comparte conmigo la solución de la

muerte de Norman Trevors y los asesinatos de Templeton, Carruthers y Alice.

Cogió Cork la carta que había dejado encima de la mesa Gambler. Para ello tuyo que levantarse y vestirse a medias precipitadamente.

Reconoció la redonda, y aplicada letra de Thomas Templeton:

"Es mi deseo que los lacres no sean rotos, porque significaría que he muerto, o que Magnus Cork no es digno de mi total confianza.

"Un antillano llamado Teófilo Arce vino a proponer a James Carruthers la compra de los brazaletes pertenecientes a los hermanos Laffitte y cuya posesión revelaría al poseedor el emplazamiento del tesoro de los cuatro hermanos piratas.

"James Carruthers, no sólo porque no poseía la suma necesaria, si no porque no se atreve a emprender esta aventura sin ayuda, vino a consultarme. Compró el primero de los "Pulsos de Oro". El antillano no se arriesga a llevar los brazaletes juntos. Desconfía de cuanto le rodea. Dice que se sabe perseguido por dos aventureros del *bayou*, la comarca pantanosa de Florida. Dos aventureros alemanes.

"Yo le compré los otros dos. Debía entregarnos el cuarto y último pero le apuñalaron y huyendo fue a morir junto a Norman Trevors. Éste recogió sus objetos.

"Vino Irene a consultarme. A la vez también deseaba hablarme de que sentía un peligro alrededor suyo. Le hablé con claridad. Eliminé de ella el peligro haciendo que entregara a las autoridades el brazalete. Pero mi brazalete falso, imitado, sin los signos y con diferente número de eslabones.

"He hecho otras dos imitaciones de los que ya obran en mi poder. Mis sentidos de alerta se han embotado mucho. He perdido facultades y lo que acabo de saber antes de empezar, a escribir esta carta, me hace sentir nuevos recelos.

"Alquilé a un individuo que se jacta de ser un sabueso y un lince. Prometió averiguar cuanto supiera sobre los últimos momentos de Norman Trevors. Lo hice por la gran amistad que me une con Irene y para evitar que ésta cometiera imprudencias.

"Humphrey Beaugard vive solitariamente. Pero un granjero que recogía su ganado, oyó disparos en casa de Beaugard en cierta ocasión. Mi hombre, el que se jacta de lince, y sabueso, ha demostrado ser ambas cosas. Ha sacado

cuando sabía al granjero y con el testimonio de éste, que hasta ahora he callado por temor, puedo llevar a Humphrey Beaugard al banquillo de acusados, con pruebas irrefutables de que mató a Norman Trevors.

"Pero respeto el derecho de venganza de Irene. A mi regreso del viaje, hacia el lugar donde está hundido el barco de los Laffitte, comunicaré a Irene lo que sé.

"Yo no quise viajar con los legítimos brazaletes encima. Tengo copia de los signos y número de eslabones, cosa que para nadie tendrá significado. No llevaré más que el legítimo que traerá esta noche Carruthers.

"Los otros tres... los tiene Lilian Trevors, la hija de Irene. Las acompañé a mi granja de Princeville, para que, estuvieran seguras. Regalé a Lilian una preciosa muñeca de trapo. Lilian está entusiasmada con su muñeca. No la romperá porque es muy cuidadosa. Al menos, no la romperá hasta mi regreso. En el interior de la muñeca, van cosidos los tres brazaletes legítimos.

"Últimamente he concebido ciertas sospechas acerca de Alice, pero supongo que será un error. Un exceso de temor, quizá debido al maleficio de la maldición de Laffitte, al ser ahorcado.

"He escrito esta carta, porque si algo me sucediera, quiero que Rock Gambler sea mi heredero en este tenebroso asunto de los "Pulsos de Oro". Él puede triunfar donde yo fracasé. Y, además, le será perdonado el robo de una muñeca de trapo, porque con ello, alejará todo peligro de dos seres inocentes".

"Thomas Templeton"

Magnus Cork exhaló toda su sorpresa en un silbido profundo.

—Una muñeca de trapo que vale millones de dólares...

Se interrumpió al ver la sonrisa burlona de Rock Gambler.

—¿De qué se está usted riendo como un diablo manejando la horquilla?

—No ha caído usted en lo más gracioso.

—No veo gracia alguna en las sucesivas muertes que está originando este maldito asunto.

—Más mueren en la guerra. Esto es una sórdida guerra por el oro. La ambición es un impulso muy humano, pero no debemos apiadarnos de los que caen en su alucinada persecución del becerro del oro.

—¿Usted, acaso, no es uno de esos?

—Voy transformándome. Antes sólo pensaba en el oro. Ahora soy

ya rico. Yo pienso más, como otro personaje que usted no ha conocido. Un bandolero generoso...

—¿Un caballero como "El Halcón"? No sea usted cínico, Gambler. Gracias a "El Halcón", logré yo que mi hija fuera rica y feliz. Usted, para mi hija, sólo tuvo una generosidad. La de no alentar sus esperanzas de que fuera usted un galante aventurero romántico. Bien, ¿y qué es lo que le causa gracia en este tenebroso asunto?

—El tiro en la sien es la firma de Humphrey Beaugard. ¿No le oyó usted en la terraza de los Templeton hablar con Alice de los "Pulsos de Oro"?

—¡Caramba! Pues, es verdad...

—Reúna cabos. Humphrey mató a Trevors. Se le abrió el apetito. Seguramente Alice, enamorada de él, le contaría lo de los "Pulsos de Oro".

—Y Humphrey Beaugard, maldito sea él, ha sido el asesino. ¡Va a ser mi última obra decente! Pero yo mato a Humphrey...

—No, Pertenece a Irene. Recuerde el testamento de Templeton —y señaló la carta póstuma—. Yo avisaré a Irene... Por cierto... —y sonrió, con mueca sarcástica— su amigo "El Halcón" nos sería muy útil ahora, en plan de vengador.

—¿Dónde estará ahora este caballero? Pero usted, Gambler, puede y debe arreglar esto. Robe la muñeca de trapo, maté a Humphrey Beaugard, y yo compartiré con usted la maldición de Laffitte.

—¿Y los millones?

—¿Por qué no? No todo han de ser riesgos, ¿no?

—Ya empieza usted a estar bajo los efectos de la maldición de Laffitte, que en el fondo era un gran psicólogo, cuyo único error fué olvidar que la dulce enemiga del hombre es el único enemigo invencible.

—No todas las mujeres, son prodigios de inteligencia.

—De acuerdo. A veces las perfectamente tontas, triunfan donde se estrellan las listas. Pero veo que todavía no se ha dado cuenta de lo gracioso del caso.

—Humphrey Beaugard ha matarlo cruelmente para apoderarse de tres brazaletes falsos. El legítimo de nada le sirve, sin los otros tres.

—Moraleja... El crimen siempre se expía.

—¿Dónde va ahora? —preguntó Cork, viendo que Gambler echaba sobre sus espaldas el macferlán después de ceñirse el cinto.

—Primero a convertir en un muñeco de trapo a un hombre y después a robarle una muñeca de trapo a una niña.

—Buena suerte.

Pero ya se había ido Gambler. Y desde la ventana, pudo ver

Magnus Cork al aventurero alejarse en su potro negro.

CAPÍTULO IX

MÁS REVUELTAS EN EL LABERINTO...

Fué un gesto maquinal, el que hizo Humphrey Beaugard al descender del "tilburi" ante su casa aislada, a las diez de la noche.

Empujó la puerta del jardín y a la vez levantó la cubertera del buzón, sacando un sobre, que introdujo en su bolsillo.

Entró en su alcoba y por espacio de varios minutos quedó sentado, inmóvil. Palpaba en su bolsillo los cuatro brazaletes de oro.

Para distender la extrema tensión de su cerebro, abrió la carta, creyendo hallar alguna comunicación sin importancia: una invitación o algún requerimiento de aliento antiguo.

Se achicaron sus ojos al ir leyendo:

"Humphrey: Sólo dos líneas, mientras Templeton, con la niña, baja hacia el coche que nos llevará a su granja de Princeville. Tengo miedo y creo observar que también está desasosegado. Le he entregado brazaletes como me aconsejaste. Él ha preparado unos falsos, para entregar a las autoridades. Si quieres visitarme, serás bien acogido".

"Irene Trevors"

Levantóse Humphrey Beaugard pausadamente. Cogió de la biblioteca un "atlas" del litoral norteamericano para uso de marinos, qué había adquirido cuando Alice Templeton le habló de los "Pulsos de Oro". Durante más de una hora hizo toda clase de composiciones con los cuatro brazaletes. Sumaba el número de eslabones, comprobaba los signos y al final adquirió una certidumbre.

El brazaletes traído por Carruthers era legítimo. Los otros tres; no. Pero, ¿cuál de los cuatro era el que había traído Carruthers?

Un rictus feroz crispó sus labios mostrando, los dientes en mueca de hiena colérica.

Volvió a hundir los cuatro brazaletes en su bolsillo y saltó de nuevo, montando en el "tilburi".

Princeville distaba treinta millas...

Irene Trevors había acogido la idea de Templeton, como un sedante. La estancia en la granja rústica y confortable acompañada de su hija alejada del peligro que presentía, le convenía.

Y seguramente, mientras Thomas Templeton podría averiguar

quién era el asesino de Norman.

Junto al establo por aquella mañana soleada, Lilian alternaba sus caricias entre el hocico, que un ternero asomaba mansamente por encima, de la empalizada y la gran muñeca de trapo, regaló de Thomas Templeton.

Los seis años de Lilian Trevors hallaban un enorme aliciente en mecer entre sus brazos a la muñeca, de pintadas facciones estáticas. Le prodigaba tiernas puerilidades.

Irene Trevors miraba a su hija con reconcentrada pasión. Tenía los rasgos de Norman... Era lo único que le quedaba y por ella debía vivir. Reconocía que tenía razón Templeton, al decir que hizo bien Gambler no aceptando su oferta imprudente.

Como decía en la carta que un lacayo depositó en el buzón de la solitaria casa del abogado Beaugard, "acogió con agrado" la llegada del melancólico sujeto.

Por el camino había reflexionado mucho Beaugard. No debía despertar recelo en Irene y le sería conveniente enmascarar el verdadero objeto de su visita, no verificando preguntas demasiado pronto.

Templeton debía haberse confiado en Irene. Por tanto, ella sabría cuáles eran los legítimos brazaletes y dónde estaban. Pero no podía preguntárselo intempestivamente.

—Me encanta que hayas venido, Humphrey. ¡Ven aquí, Lilian!

La niña, al oír su nombre, se levantó y acudió. Pero mirando a Humphrey Beaugard, dió de pronto media vuelta y echó a correr.

—¡Lilian! —gritó Irene, molesta—. Debes venir a saludar a tu amigo.

—¡No lo es! —gritó Lilian, desde lejos—. ¡No lo es!

—Déjala, Irene —y el abogado sonrió, con su habitual tristeza—. Tú sabes que nunca le fui simpático a la niña. Soy torpe con las criaturas. No la llares, porque entonces me cogería mayor antipatía.

—Excúsala, Humphrey. Es una niña y no se da cuenta que tú eres mi mejor amigo. Y que lo fuiste de Norman...

—He pensado que una breve estancia aquí, me convendrá. Ya sabes que a los ciudadanos nos recomiendan, de vez en cuando, un reposo en medio de la Naturaleza. Es hermosa esta granja.

—Thomas Templeton es muy bueno. Me contó muchas cosas inesperadas. ¿Recuerdas el asunto de los "Pulsos de Oro"? Pues resulta que él posee los otros tres. Y ha hecho tres falsificaciones. Quise disuadirle durante el camino, pero se rió de mis temores. ¿Le viste antes de venir?

—Por la tarde estuve con él. Me habló también de los "Pulsos de

Oro". Es algo curioso, ¿verdad, Irene?

—Sí. Pero prefiero que ya no hablemos más de ello, Humphrey. Quizá por culpa de esos pedazos de oro... perdió la vida Norman, No hablemos más de ello.

—Como quieras. Entonces, ¿cuento con tu hospedaje hasta mañana?

—¿Sólo un día?

—Me bastará, Irene. Ahora puedes hacerme los honores de la casa. Siempre deseé conocer una granja por dentro, sobre todo una que como esta reúna comodidades y naturaleza.

Y hasta la hora del almuerzo la conversación entre ambos no volvió a girar alrededor de los "Pulsos de Oro". Sentóse Lilian en la mesa sin soltar su muñeca. Miraba de vez en cuando a Humphrey Beaugard y después dirigía la vista hacia Irene, como en mudo reproche.

Irene Trevors llegó a sentirse molesta:

—¡Lilian! Si sigues comportándote como una niña tonta, te quedarás sin postre.

—Déjala —intervino Beaugard, conciliador.

Pero no le valió la gratitud de Lilian, que, llorando, gritó:

—¡Pégale, madre! ¡Esté hombre es malo y nos hará daño!

Irene Trevors, roja de confusión y enfadada, corrió a coger a su hija por el brazo y le propinó un cachete.

—¡Irás a tu dormitorio y toda la tarde estarás sin salir! Por mala, deslenguada e impertinente.

Y ella misma condujo a Lilian al piso alto de la granja. Pero ya a solas con ella, sintió cierto remordimiento.

Abrazó a la niña que sollozaba sin soltar a la muñeca.

—Pero ¿por qué dices estas sandeces, hija mía? Humphrey es un señor muy bueno que nunca ha hecho ni hará daño a nadie. Yo soy una persona mayor e inteligente. ¿No ves que yo le aprecio al señor Beaugard?

Lilian, al sentirse acariciada, mostróse más dispuesta a "perdonar". Pero persistió en negarse a ver a Humphrey, mientras éste estuviera en la granja. Y con majestuosa valentía decretó que voluntariamente se quedaría en su dormitorio.

Humphrey Beaugard tuvo un movimiento de impaciencia, cuando Irene Trevors intentaba excusar la actitud de su hija, atribuyéndolo a "caprichos infantiles".

Para el hombre que se había convertido sañudamente en asesino, existía un inconsciente enojo al ver la ceguera de una mujer que presumía de inteligente y no adivinaba que el presentimiento

instintivo de- la niña era de sagaz intuición.

—Siempre hubo entre mí y los niños y los perros cierta animosidad. A lo mejor, Irene, no soy ni mucho menos el sujeto honorable que tú crees.

—No digas tonterías, Humphrey. Tú fuiste el único amigo de Norman...

Levantóse el abogado.

—Excúsame, Irene. He pasado una noche desvelada y no tengo apetito. En cambio, me sentaría bien dormir.

—Con este calor, la costumbre meridional de dormir unas horas después del mediodía reposan mucho. Hasta después, Humphrey.

Ella subió a hacer compañía a su hija y por espacio de una hora, tuvo que contar varias leyendas en las que siempre llegaba el hada buena o el caballero valiente a remediar un estado de cosas complicado.

Lilian escuchaba rodando sus ojazos azules con deleite, cuando aparecía el genio salvador. "Miette", la gran perra terranova, apoyaba sobre el lecho su enorme cabezota y parecía escuchar también con satisfacción. La niña cerró los ojos cuando exprofeso Irene contaba la muy repetida historia de Blanca Nieves. Durmióse abrazada apretadamente a la muñeca regaló de Thomas Templeton.

No se despertó al oír un gruñido sordo. "Miette" miraba hacia la ventana y agachadas las orejas, se incorporaba lentamente.

El poderoso cuerpo preparábase a saltar contra el intruso. Mostraba los agudos colmillos y el lomo erizado demostraba su cólera latente.

Rock Gambler, en el pequeño dormitorio, chasqueó los dedos, hablando en voz baja, con incoherente entonación cariñosa:

—Paz, muchacha... Tú eres perra... y buena... Yo soy perro... No vamos a pelear... Es la niña a la que tienes que defender, pero no contra mí... ¿Amigos, muchacha?

Pero la "muchacha" seguía gruñendo sordamente, con los bellos tensos, manifestando a las claras, que esperaba que el intruso diera tan sólo un paso, para abalanzarse encima de él.

Rock Gambler quedóse donde estaba y chasqueó los dedos.

—Guapa perra buena... Ven... Tú adivinas que yo soy un imbécil que ante los niños me siento nodrizón... y ante los perros derrocho la ternura que oculto... Ven, guapa...

Siguió en su infantil discurso, hasta que "Miette" sentóse sobre los cuartos traseros y pareció un catedrático estudiando la psicología de un examinado.

Lentamente, dió Gambler un pasó tendiendo la mano. Encogió ella

el cuello, pronta a saltar. Dió Gambler otro paso. Sonreía mirando fijamente los ojos de la perra.

Cuando su pierna rozó el hocico del animal, exhaló "Miette" otro gruñido. Y calló cuando la diestra de Gambler rascó diestramente su cabeza. Y mientras así estaban ambos, todavía recelosos, Lilian abrió los ojos:

—¿Quién eres tú, señor? ¿Qué haces aquí en el dormitorio de una señora, señor?

—He venido a visitarte, Lilian.

—Bueno. ¿Y qué quieres decirme?

—Primero, que eres una señorita muy bonita.

—Gracias, señor. Pero eso me lo dicen ya todos los que vienen a casa.

—¡Diantres! Pero ellos no te lo dirán como yo. Ellos lo dicen por cumplido.

—Lo dicen porque mamá asegura que yo soy bonita.

—Pero no debes tú asegurarlo. Basta con que te mires al espejo y te lo digas en voz baja, cuando no hay nadie delante. Pero, además de bonita, ¿tú eres buena?

—Tengo ocho en clase de aplicación y modales, señor.

—Buena nota. Yo también saco esta nota.

—Eres un mentiroso —dijo ella, complacida—. Tú ya no vas al colegio. Eres muy grandón para eso. Oye, ¿por qué no viniste a casa antes de ahora? ¿Conoces la historia de la vaca loca y el pato bailarín?

—No la conozco y eso que sé muchas. Pero me gustará oírla.

—Puedes sentarte aquí —dijo ella, magnánima, señalando un costado de su lecho—. Y te contaré esta historia.

"Miette" vino a sentarse en el suelo junto a las piernas de Gambler, en uno de cuyos muslos apoyó la ancha cabeza. Ya estaba tranquilizada, después de aquel diálogo amistoso.

Lilian, sin soltar su muñeca, explicó algo adulterada, la historia anunciada. Cuando terminó, Gambler hizo algunas preguntas:

—Lo que no comprendo es, por qué la Vaca tocaba la flauta.

—Pero ¡qué tonto eres, señor! La vaca tocaba la flauta, para que el patito bailase.

—Pero ¿y al patito quién le enseñó a bailar?

—Su madre, la oca Pilonga. Parece mentira que no te des cuenta de cosas tan fáciles de comprender.

Rock Gambler avanzó, el rostro y sus labios rozaron la mejilla de la niña. La piel tersa, inocente y tibia, infundió en su alma la extraña sensación de ternura infinita que siempre le acometía cuando hablaba con un ser de corta edad.

—Tu candor es cualidad que no quisiera que nunca perdieras, Lilian. A veces, sabes, perdono a mucha gente porque un día fueron niños como tú.

—Tengo ya seis años y cuatro meses. Y tú, señor, ¿cuántos tienes?

—Cinco veces seis y algunos meses. Me cambiaría por ti. ¿Me prestas tu muñeca?

—No quiere.

—¿Cómo?

—Ella no quiere estar en otros brazos que los míos. Vino ayer de París y ni siquiera se la he dejado a mamá. Es una niña muy buena. Fíjate que ojos más grandes tiene... Hola, mamá... este, señor ha venido a visitarme.

En el umbral del dormitorio, Irene Trevors saludó secamente a Rock Gambler, que, en pie, esbozó una sonrisa de excusa:

—Su hija es muy inteligente.

—Buenas tardes, *mister* Gambler. Si tiene la bondad de acompañarme, me explicará el motivo de su visita.

Llevaba la diestra hundida en el bolsillo de su chaqueta de tela ligera el bolsillo abultaba extraordinariamente.

Rock Gambler miró significativamente la mano oculta y volvió a inclinarse esta vez para besar la mejilla de Lilian, que desprendió uno de sus brazos de alrededor de la muñeca, para pasarlo alrededor del cuello de su recién conocido.

—Vuelve luego y te contaré la historia del saltamontes triste y la libélula alegre. ¿Volverás, señor?

—Volveré, Lilian.

Al pasar ante "Miette" acarició Gambler la cabeza peluda y cuando estaba en el exterior, miró a Irene, que en el pasillo, le contemplaba duramente.

—¿Por dónde ha entrado usted?

—Por la ventana.

—Le oí hablar a "Miette". Si ha conseguido engañar a la perra y a mi hija, a mí no me engañará.

—Sé sobradamente, señora, que a usted no se la engaña fácilmente. Está usted dotada de un gran sentido de la adivinación, del carácter.

—Percibo burla en sus palabras. Desde que le vi, me fué usted profundamente detestable, señor.

—Mi galantería me veda afirmarle que es recíproco el sentimiento, señora. Al menos, en este punto estamos de acuerdo.

—No creo que hayan otros puntos de desacuerdo. Usted denegó servirme, y ahora le exijo me diga a qué ha venido.

—A robar una muñeca de trapo.

—No le tolero burlas, desconfío de usted y llamaré a Humphrey Beaugard. Está en casa y él me defenderá.

—¿Contra quién, señora?

—Contra usted.

—Como usted quiera: ¿Dónde me ordena que me recluya, esperando la acusación fiscal de su abogado defensor?

—Precédame. Baje las escaleras. ¡Humphrey! —llamó ella, al pasar ante una habitación. Y con la mano izquierda repiqueteó en la puerta.

—¿Irene? —demandó, desde el interior, una voz.

—Ven tan pronto puedas. Te espero abajo.

Rock Gambler entró en la sala biblioteca amueblada, con lujosa rusticidad estilista. Se sentó en una mecedora.

En pie ante él, Irene Trevors continuó con la diestra hundida en el bolsillo. Por unos instantes fué a hablar, pero crispó los labios y fué a sentarse tras una mesa. Sólo la parte alta del busto asomaba detrás de la alta mesa destinada a archivos.

—Blasona usted de una seguridad indecorosa —murmuro ella—. Ha sido sorprendido allanando una casa ajena y sonrío cínicamente, como si algo le divirtiera profundamente.

—Me divierte observar que el instinto animal está muy mitigado, por desgracia, en las personas de poco talento...

Humphrey Beaugard, en el umbral, miró al visitante.

—Buenas tardes, Gambler. ¿Ha venido para brindarnos ser el tercero en una partida de *poker*?

—Me gusta tomar cartas en la partida. Pero no me ha invitado la señora Trevors...

—Sorprendí a este... caballero en el dormitorio de Lilian. Entró por la ventana.

Humphrey Beaugard vino a sentarse ladeado, frente a Gambler y de perfil a Irene Trevors.

—¿Comunicaste tu dirección al señor? —inquirió, monótonamente.

—No. Esto es lo que me asombra. Sólo Templeton y tú sabíais donde yo estaba.

—Hablé con Thomas Templeton... Exactamente ayer a las cinco de la tarde —dijo Gambler, amablemente—. Tuvo a bien invitarme a esta granja. Creo que temía por usted, señora, y por Lilian.

—No creo que Templeton le invitara a usted.

—Si es que me llama mentiroso... tiene razón. No me invitó, en realidad, pero me vino a decir que si algo le pasara a él, viniese yo aquí.

Irene Trevors parpadeó.

—¿Le ha ocurrido algo a Templeton? —preguntó.

—¿No sé lo ha comunicado usted Beaugard?

—Me marché esta madrugada. ¿Le ha sucedido algo a Templeton?

—Tres disparos mortales y como firma un balazo en la sien —dijo, sonriente, Gambler.

Irene Trevors lanzó un grito. Humphrey Beaugard no demostró la menor alteración. También él hundía su mano en el bolsillo de su levita.

—Todos los periódicos publican la noticia. Un crimen misterioso. Culpan a Glenn Stack.

—¡Imposible! —protestó Beaugard— Stack es incapaz de matar a un ser como Templeton.

—Pues Glenn Stack no lo niega.

—¿No lo niega?

—Quien calla, otorga. Y Glenn Stack está muerto. No miento, señora. Cualquier periódico lo relata. Se hallaron también los cadáveres de Alice Templeton apuñalada y James Carruthers...

—¡Los "Pulsos de Oro"! —exclamó, lívida, Irene Trevors. Leves gotitas de sudor perlaban en su frente y sus ojos miraban con extravío—. Es horroroso, Humphrey. Tengo miedo...

—Había una firma, tiros en la sien a bocajarro —dijo Gambler.

Humphrey Beaugard sentíase seguro de sí mismo. Comentó:

—Si es doloroso para ti lo que estás oyendo, vete, Irene. Estás nerviosa y este relato te estremece.

—¡Quiero oír! También Norman murió... con balas en la sien. ¿Han encontrado al criminal, Gambler?

—No.

—Pero ¿habrá alguna pista? —preguntó Beaugard.

—Sólo había una pista. La tenía Templeton... y vino a comunicármela ayer tarde a las cinco. Resulta que él encargó a un aficionado a descubrir misterios, que indagase los últimos movimientos de Norman Trevors. ¿Me escucha con atención, Beaugard?

—Plenamente.

—Gracias. Al parecer un granjero oyó ruido de disparos. Se calló, pero vió salir a un hombre llevando el cadáver de Norman Trevors. Y reconoció a este hombre. ¿Sigue escuchándome, Beaugard?

Irene Trevors dilató los ojos... No era muy lista, pero presentía que estaba ocurriendo algo increíble.

Humphrey Beaugard seguía inmóvil, infinitamente triste la mirada. Rock Gambler sonreía con dura expresión diabólica...

—¿Quién era el hombre que llevaba el cuerpo sin vida de Norman

Trevors? El mismo qué en complicidad con Alice Templeton quería apoderarse de los cuatro "Pulsos de Oro". Y por eso mató a mansalva... Pero, riase conmigo, Beaugard, ¿sabe lo que sucedió? El asesino se llevó tres brazaletes falsos y sólo uno bueno. ¿En qué bolsillo los tiene, Beaugard?

El abobado se levantó. En su diestra apareció la pistola que hasta entonces palpaba en su bolsillo. No tenía cambio alguno en el rostro.

—No te muevas, Irene. Coloca las dos manos encima de la mesa. ¡Pronto!...

Irene Trevors, fascinada y horrorizada, colocó dócilmente sus dos manos encima de la mesa. Hizo el movimiento como una autómata...

Rock Gambler pulfó las uñas en el reverso de la solapa.

Humphrey Beaugard, distanciado de él unos cinco pasos, habló con su habitual monotonía:

—Si ha comunicado usted a alguien lo que sabe, Gambler...

—Nadie lo sabe, más que usted, yo y la que nos escucha.

—No le hubiese creído tan imprudente, Gambler. Le supuse un aventurero hábil y seguro del terreno que pisa. Cuando le vi al entrar aquí no me creí que su visita tuviera relación conmigo. Pero desde que maté por vez primera, mi única compañía segura es ésta.

Agitó la pistola y siguió hablando sin matices:

—No te muevas, Irene. Y usted, Gambler. Oirán mi confesión, porque están a mi merced. Vine aquí porque no dudo que Templeton habrá dicho a Irene dónde están los tres legítimos brazaletes. ¡Calla, Irene! Hablarás después... Me dirás dónde están los brazaletes. ¿Se da cuenta, Gambler, de que va a morir?

—Tarde o temprano esto le ocurre a cualquiera. ¿También en la sien?

—Maté a Norman porque me vi obligado a ello. Él sabía que yo era el autor en complicidad con Stack del atraco al "Army-Bank". Después... vino Alice a explicarme que su tío y Carruthers poseían tres de los cuatro brazaletes de oro.

Irene Trevors dejó caer el rostro contra la mesa. Estaba exhausta y creía vivir una escena irreal...

Levantóse Bock Gambler con deliberada lentitud. Humphrey Beaugard retrocedió un paso.

—¿Se anticipa al final, Gambler?

—En pie estoy más cómodo. Dispare, Beaugard.

—¿Cree que por temor a que puedan oír los disparos voy a contenerme? Seré el albacea y registraré todos los efectos pertenecientes a Irene. Diré qué usted mató a Irene y yo acudí algo tarde, pero aun a tiempo de ajusticiarle.

—Buen abogado —y, dió otro paso Gambler—. Ande, dispáre, Beaugard.

Humphrey Beaugard apretó el gatillo. Se oyó un "¡clic!"... Repitió frenéticamente la presión del índice y de nuevo el gatillo dió en falso.

Irene Trevors, convulsa y a punto de enloquecer, gimió, angustiada.

Oyóse un ruido seco, de algo que se quiebra, y alcanzado en plena mandíbula por un puntapié, Humphrey Beaugard fué a chocar con la cabeza contra la pared.

Quedó unos instantes en pie y lentamente fué resbalando hasta quedar sentado en el suelo.

—Antes de visitar a Lilian, visité el cuarto de este inmundo reptil. Vacíé su pistola.

—¿Para qué? —gimió ella, poniéndose en pie, como alelada.

—Necesitaba que él, seguro de sí mismo, hiciera lo que ha hecho. Hablar. Por si no bastaba esta carta de Templeton.



—¿Se anticipa al final, Gambler?

Y sobre la mesa, dejó Gambler la carta de Templeton. Pero Irene avanzaba como en trance hacia el hombre derribado. Llevaba un cortapapeles, imitando un estilete florentino en la diestra.

Inclinóse y arañó con salvaje furor el rostro del abogado.

—¡Despierta, Humphrey! —murmuró, con voz estremecedora por el contenido, sollozo—. ¡Mírame, Humphrey!

El abogado abrió los ojos. Su mirada era vaga... Aun no estaba del todo recuperado pero las estrías sangrientas que en su piel habían dejado las uñas, le habían hecho reaccionar a los efectos del brutal puntapié que había quebrado sus mandíbulas.

—Tú mataste a Norman... Mírame, Humphrey. Yo soy Irene, tu amiga, la esposa de Norman... Mírame, Humphrey...

Los ojos de Humphrey Beaugard se dilataron e intentó alzar una mano. Pero había aun nieblas en su cerebro...

La aguda hoja del cortapapeles entró en la garganta de Humphrey Beaugard y por dos veces movió la mano Irene Trevors.

Tambaleándose, se separó del que, degollado, cayó pesadamente a un lado.

Rock Gambler enlazó por los hombros a Irene Trevors, que, vacilante, volvió a sentarse donde estaba antes. De pronto, extrajo de su bolsillo la pistola y rápidamente la aplicó en su sien.

Miró extrañada, como si no lo reconociera, al hombre que acababa de quitarle prestamente el arma.

—No... Arriba hay una muñeca de carne y hueso y los huérfanos no conocen la felicidad del regalo de unos besos de madre. Calma, Irene. Ahora está demasiado excitada para reflexionar normalmente. Está ya vengada la muerte de su esposo, Humphrey Beaugard ya no hará daño a nadie. Piense en Lilian...

Sollozando, abatió ella la cara sobre sus brazos cruzados.

—Eso es bueno, Irene. Llore y se apaciguará.

Mientras hablaba, descargó él la pistola y se aproximó al cadáver. Buscó en los bolsillos hasta encontrar los cuatro brazaletes que introdujo en el suyo.

Cogió un tapiz y lo arrojó encima del cuerpo.

Cuando regresó a la mesa, Irene Trevors estaba leyendo la última carta de Thomas Templeton.

Al terminarla, miró a Gambler.

—Le pido excusas, Gambler.

—Banalidades, señora. Yo tengo piel de Rinoceronte.

—No... Debí comprender antes. Templeton confiaba en usted. La niña le besó y no le conocía. "Miette" no se le abalanzó... ¡Soy torpe!... Llévase los brazaletes, Gambler... Pero no los guarde. Traen

la muerte consigo. Vea cuántos crímenes...

—No piense más en esto. Recuerde que tiene usted el tesoro más precioso en la quieta dulzura, sin sobresaltos, de una hija.

—Me habla usted como si yo fuera una niña... y se lo agradezco, Gambler. Soy tonta, pero comprendo, ahora que si hay hostilidad en sus ojos para los hombres y las mujeres, hay mucho amor en su corazón por los niños...

—...y en los animales —dijo, riendo, Gambler—. Bien ¿vamos a visitar a la pequeña? Queda aún lo más difícil. Lograr que me dé su muñeca.

—Espere, Gambler. Ahora aun estoy bajo los efectos de eso... Si subiera arriba, ella adivinaría que me ha sucedido algo horrible. Porque ha sido horrible, ver que el hombre en el cual confiaba...

—Ya pasó. En la ciudad conseguirá el testimonio del sabueso y el granjero. Pero ahora debemos realizar el último deseo de Templeton. Era un hombre que la apreciaba mucho, Irene. No querría él que corran ustedes peligro.

—¿Qué hará usted, con los brazaletes?

—Soy supersticioso. Pueden valer miles de millones pero no me tiente. Doy mucho más precio a mi vida. Entregaré los "Pulsos de Oro" a las autoridades y allá ellos que se las entiendan con la maldición del gran conocedor de hombres que era el pirata Laffitte.

—¿Por qué a las autoridades?

—Ellos publicarán la noticia y sí los dos misteriosos alemanes que mataron a los hermanos Goldinsky, pudieran tener alguna pista que les condujera aquí, cambiarán el rumbo al leer la noticia.

—Gracias por su ayuda, Gambler. ¿Cómo podré agradeceréselo?

—Contándome la historia del saltamontes triste y la libélula alegre —dijo riendo, Gambler—. Me temo que Lilian quiere explicármela, pero desde luego, estaré muy intrigado porque no la habré comprendido bien. Cuenta deliciosamente, pero a su modo y transforma rápidamente una bruja en un hada y una vaca en una mosca. Tenía razón en un punto, Irene. Lo que me reconcilia con el género humano es pensar que usted y yo, también fuimos niños... y aun sabemos serlo ante ellos, lo cual demuestra que, pese a todo, la vida no se ha estropeado demasiado. Pero ahora vayamos a cometer un robo. Seguramente tendré que llevarme a Lilian y comprarle otra muñeca.

—Creo que la convencerá, Gambler —y levantándose, enlazó su brazo al del aventurero.

Al salir, desvió la vista. Se estremeció al divisar el bulto que ahuecaba el tapiz.

—¿Qué le pasó al saltamontes triste?

—Lilian nos lo contará.

Pero al entrar en la alcoba la vieron vacía.

Irene Trevors, sonriendo, comentó:

—Es algo indisciplinada. Debió cansarse de aguardar el final de su castigo. Otras veces se ha escapado. Es muy juguetona y...

Sé detuvo para mirar bajo el lecho. Alguien había empujado el cuerpo inerte de "Miette". Cayó ella arrodillada y Gambler junto a ella, levantó la cabeza de la perra, cuyos ojos dilatados y belfos contraídos eran elocuentes para Gambler.

—Envenenada —murmuró Gambler, ceñudo.

Púsose en pie Irene Trevors y miró con aprehensión a su alrededor llevándose las dos manos a las sienes.

Encima la mesita de noche había una cartulina. Con letra gótica y muy perfilada en sus contornos, aparecían varias líneas.

Rock Gambler cogió la cartulina:

"Al igual que los pasos de Teófilo Arce, fueron seguidos para lograr saber dónde escondía el dinero que obtenía por la venta de los brazaletes, dinero que necesito para emprender los trabajos de busca, los pasos de Templeton fueron seguidos y los de Humphrey Beaugard al dirigirse aquí. La astucia de Templeton es legendaria. Creo qué entregó a usted los legítimos brazaletes. Sólo hay una manera de convencerla. Los falsos y los legítimos a cambio de su hija, Irene Trevors. Avisar a alguien, es firmar la sentencia de muerte de su hija. Aguardo hasta mañana en el ático del almacén desalquilado de la compañía "Eldster", en la milla doce de la carretera de Pittsburg".

No había firma, pero Rock Gambler sabía ya que en el mismo lugar donde hallaron la muerte los hermanos Goldinsky estaban las "dos sombras". Irene Trevors dejaba oír su voz llamando desesperadamente por toda la casa. No había visto la cartulina que escondió Gambler en su bolsillo, al entrar ella precipitadamente...

—No grite ni se excite, Irene. Yo le juro que esta misma noche, Lilian volverá. Conozco a los que se la llevaron. No quieren más que los brazaletes. Los tendrán. Cálmese, Irene. Esto es ya el final de su pesadilla. ¿Confía sí o no en mí?

Y, al asentir ella mudamente, no quiso Gambler que su rostro demostrará la íntima preocupación que sentía.

La vida de una niña poco debía valer para los dos forajidos del *bayou*, que, cegados por el tesoro de Laffitte, no vacilarían en suprimir

cuanto podía representar para ellos el menor estorbo.

CAPÍTULO X

"EL HALCÓN" INTERVIENE...

Rock Gambler desmontó para atar a "Brujo" entre la arboleda de la milla once en la carretera de Pittsburg.

No quería ser visto desde la alta buhardilla del almacén desocupado.

El almacén de la "Eldster" inservible desde que la compañía exportadora habíase trasladado al otro extremo de la ciudad, alzábase como una masa negra en la oscura noche.

Avanzó Gambler y mientras lo hacía, dio vuelta a su macferlán, convirtiéndolo en largo abrigo negro abrochado.

Hurgaba en el forro del sombrero para sacar la máscara de "El Halcón" y estaba ya con ella en la mano, cuando pestañeó sorprendido.

Un objeto duro y cilíndrico acababa de apoyarse en su espalda y una voz seca y grave, ordenaba:

—Quieto, "Halcón", o habrá, arroyos de sangre.

Volvió él ligeramente la cabeza y vio el rostro de Magnus Cork, sonriendo amistosamente.

—Mi bastón —dijo el médico, apartando de la espalda del aventurero su junco de ébano—. Déjeme hablar a mí. No se ofenda si le he cazado. Estaba vigilando la casa donde vinieron las dos sombras. Quería ser útil y me dije que podía perder el tiempo acompañado de dos frascos y escondido como un piel roja en este magnífico sitio. He visto entrar a un hombre y una mujer llevando una niña que se abrazaba a una gran muñeca. Y ahora hablemos de "El Halcón". Cuando le he visto sacar la máscara, se han confirmado mis divagaciones. Tuve mis primeras divagaciones allá en casa del General Blake¹. Pero yo soy un hombre discreto. Me callé porque recuerdo que el General Blake dijo una vez, hablando de usted, que se molestaría usted mucho, Rock Gambler, si supiera que le juzgaban capaz de algo caballeroso. ¡Bravo, muchacho! Yo le apreciaba ya por lo que hizo por mí hija, pero ahora, le adoro, porque es usted un gran romántico, pese a su cara de cínico. No tema por su secreto. Morirá con usted y conmigo. Pero ¿puedo saber por qué finge usted ser "El Halcón"?

—El verdadero murió asesinado por dos pistoleros. Yo le encontré, unas cartas de su madre. He imitado su letra y sigo dándole a ella la ilusión de que su hijo vive. Pero dejémonos, de sentimentalismos. Vamos al grano.

—Eso es. Dejémonos de sentimentalismos —dijo Magnus Cork, sonriendo.

—Usted es un maldito entrometido.

—Sí. Lo confieso. Pero verá cómo le ayudo.

—Ya que está aquí, no voy a quitarle de en medio.

—Según la carta de Templeton, la muñeca de trapo contiene los brazaletes. ¿Por qué se llevaron los alemanes a la niña?

—No saben que la muñeca contiene lo que buscan. Raptaron a la niña para que la madre entregue los brazaletes. Creen que ella los tiene. Y han empleado el procedimiento más canallresco. La niña es un encanto. No voy a permitir que le pase nada.

—Si no entiendo mal, ellos cambian la niña por los brazaletes. Pero, ¿y si quieren quedarse con los pulsos de oro y suprimirle a usted y a la niña?

—Yo entraré y exigiré que la niña se vaya. Mostraré los falsos brazaletes. Quiero que se queden sin los verdaderos, por haber asustado a la chiquilla. Y cuando la niña salga...

—Le soltarán a usted una serie de balazos.

—A mí no me matan dos alemanes.

—Bastará con uno. Ellos están alerta. Esperan armados. Hay la niña de por medio. A ellos les importará poco disparar porque no temerán herir a la pequeña. Usted, en cambio caballeroso "Halcón"...

—Calle ya. Puesto que está aquí sirva para algo. Yo subiré arriba, ya que no hay otro remedio. Cualquier trampa, pondría en peligro la vida. de Lilian... También sería gracioso que fuera yo a reventar por culpa de una criatura que no me va ni me viene. En fin usted esté al acecho, "doc". Si fallo, usted no fallará.

—Puedo seguirle y apenas entre usted, yo...

—No. Está de por medio la chiquilla. En estas cosas de adultos, debemos evitar mezclar tiernas imaginaciones.

—Un sarcasmo que tolera. A ver, repítame lo que piensa hacer "El Halcón".

—Si logro retirarme, o alguno de ellos dos logra escapar, no quiero ser reconocido. Por eso empleo el antifaz de "El Halcón". Entraré presentando los brazaletes en las manos desnudas. Pediré que salga la niña y entonces usted la coge a ella y se larga a Princeville a devolver a Lilian.

—Pero si le achicharran a usted a balazos, la madre de "El Halcón" dejará de recibir las cartas de su hijo.

—Otra madre revivirá. Además, si no supiera yo ganar esa baraja, avise usted al Capitán Dan Carter en la ciudad de Beaufort. Él conoce mi secreto y puede hacer lo que yo hago.

—Esta baraja no está marcada a su favor "Halcón".

—Haga lo que le he dicho. Sígame, pero desde lejos. Tan sólo

cuando comprenda que he tenido tiempo de llegar a la buhardilla, métase dentro del almacén.

Y Rock Gambler se ajustó al rostro el demoníaco antifaz, que simulaba un halcón de corvo pico y alas extendidas.

—Hasta pronto, "doc"... Y siga siendo el hombre discreto, que sabe beber y cuya única debilidad es recitar poesías malas.

—Hasta pronto, Rock Gambler. Buena suerte.

Pero apenas había dado dos pasos Gambler, cuando emitió un ronco gruñido. Repitió Cork el bastonazo en la nuca y cuando cayó en el suelo Gambler, le quitó precipitadamente el antifaz que se colocó.

Hurgó después en sus bolsillos hasta extraer los cuatro brazaletes.

Y echó a correr hacia el almacén desocupado.

Pensaba que él había vivido lo suficiente. Y, lograría poner a salvo a la chiquilla, por la cual tanto interés manifestaba el aparentemente cínico e insensible aventurero.

¿Después?... Tenía un chaleco a prueba de balas y un bastón en el que un resorte hacía brotar del puño un chorro de quemante amoníaco apto para cegar al más fornido adversario.

Lilian Trevors jugaba con su muñeca en un rincón de la buhardilla. Estaba harta de llorar y se había consolado. Su mente infantil, si bien juzgaba antipáticos a los dos seres, que habían entrado en su dormitorio poco después de salir el señor que sabía escuchar cuentos, no sentía demasiado miedo.

Le parecía entraño que el pedazo de carne que había comido "Miette", la voraz glotona, la hiciera caer patas arriba como cuando fingía, estar muerta.

Tampoco le había gustado ver entrar, a una mujer que avanzó de prisa abrazándola fuertemente y colocando un pañuelo contra su boca. Después, una loca carrera a lomos de caballo y después un despertar en una mísera habitación.

Los otros dos ocupantes de la habitación eran detonantes por él contraste que entre sí formaban.

Él era alto, cuadrado, macizo y su corto cabello en cepillo era gris, mientras el bigote también cortado en cepillo hirsuto, era intensamente negro, revelando puerilmente el tinte.

Vestía una levita negra que lo hacía aun más rígido y las gruesas piernas rellenaban el pantalón gris. Vestía como un caballero adinerado. Ella vestía un traje de color carne que la hacía semejar una estatua felina y salvaje. Peinaba sus cabellos en alto, rematándolos en

moño de brillante negrura laqueada.

Los cabellos tirantes desde las sienes, alzaban aún más sus cejas, por el extremo opuesto al entrecejo, aumentando, con ello, la sensación exótica de unos ojos verdes. Una mirada de víbora reflexiva.

El rostro de aquella mujer tenía algo, a la vez, repulsivo y fascinante: altos pómulos eslavos, nariz achatada y gruesos labios.

A las preguntas de la niña impaciente por regresar a Princeville, opusieron argumentos convincentes. "No tardaría en venir su propia mamá a buscarla. Era un juego".

Pero el juego se prolongaba demasiado para el gusto de Lilian Trevors. Por dos veces, la mujer había mirado la muñeca, diciendo, en alemán:

—Esto la mantiene tranquila.

Lilian Trevors se durmió agotada y, de sus brazos cayó la muñeca. Por curiosidad, la alemana inclinóse y recogió la gran muñeca de trapo. Pero la dejó precipitadamente encima la mesa y ante su compañero, porque acababa de moverse un extremo de cuerda encima de la puerta de la buhardilla.

Alguien acababa de pisar el primer peldaño de la escalera...

Hilda Bernstein miró un instante a Rupert von Stroheim, quien pistola en mano, le señaló, con imperativo gesto de la barbilla, la puerta.

Hilda. Bernstein, con otra pistola, se arrimó junto a la pared, al lado opuesto de donde debía abrirse la puerta.

Los pasos se acercaron y la puerta fué empujada cubriendo el cuerpo de la mujer.

Dos manos ostentando, entre los dedos cuatro brazaletes aparecieron por el umbral y poco después, entraba Magnus Cork, enmascarado con el bastón bajo el sobaco.

No pestañeó cuando se apoyó en su costado la pistola manejada por Hilda Bernstein. Hasta sonrió levemente pensando en su chaleco de corcho y algodón.

—Soy "El Halcón" y vengo enviado por Irene Trevors. Estos brazaletes son parte de los que desean, Tres falsos y uno legítimo.

Rupert von Stroheim, con entonación gutural, en perfecto inglés, Ordenó:

—Acérquese, "Halcón". Hemos oído hablar de usted. No sabíamos que tomara parte en este negocio. ¿Dónde, están los otros tres legítimos?

Magnus Cork avanzó empujado por la pistola de Hilda Bernstein.

Vió en un rincón a Lilian dormitando y la muñeca encima de la mesa.

—Dejen salir a la niña y les entregaré los otros brazaletes.

—No puede dictar órdenes. "Halcón".

—Pueden matarme, pero sólo revelaré el lugar donde se hallan los otros brazaletes, cuando haya salido la niña. Trato leal.

—Habla. La niña es lo de menos.

—Precisamente. Es lo de menos. ¡Lilian!

La niña se removió. Olvidó su muñeca asustada al ver las dos pistolas y al hombre amenazado que llevaba aquella máscara pavorosa.

—¡Mamá! —gritó, poniéndose en pie.

—Vete, Lilian, por la carretera. Corre... Puedes, irte. No se opongan, porque sólo cuando ella se haya marchado, revelaré lo qué sé.

Lilian Trevors, como un pájaro asustado, corrió por la habitación. Al fin desapareció por la puerta, Rupert von Stroheim avanzó los labios, proyectando la mandíbula.

—Hable, "Halcón". ¿Dónde están los brazaletes? Pronto... o saldré a coger a la muchachuela.

—Aquí —y sonriente indicó Magnus Cork la muñeca—. Despanzúrrenla y hallarán lo que buscan. Hallarán la maldición de Laffitte.

Las manazas velludas de Rupert von Stroheim empezaron a destrozarse la muñeca. Magnus Cork juzgó que había llegado el momento...

Adelantó una mano para coger la pistola dejada por el alemán, mientras con la izquierda recogía el bastón que soltó de debajo su sobaco.

Hilda Bernstein presionó por dos veces el gatillo contra el chaleco. Pero Rupert von Stroheim era rápido de manos.

Antes de que la diestra de Cork llegase a la pistola, ésta, enderezada por von Stroheim, vomitó una llamarada.

Alcanzado en el centro de la frente.

Magnus Cork saltó hacia atrás y cayó de espaldas.

—Bien muerto está el bandolero traidor —masculló von Stroheim, y en su mano izquierda, introducida dentro de la muñeca rasgada, apareció entre serrín una sarta de eslabones de oro.

Se puso en pie.

—Vámonos, Hilda. Hemos triunfado. Es nuestro el tesoro de Laffitte.

Pasó por encima del cuerpo de Magnus Cork. Hilda Bernstein recogió los otros brazaletes, mientras von Stroheim iba hacia la puerta, con la muñeca entre sus manos grandes y velludas.

—¿La niña? —preguntó Hilda.

—¡"Ach"! ¿Qué nos importa ya está mocosa? Vámonos. En el "Nido de las gaviotas", en Baltimore, nos esperarán ya.

Bajaron ambos las escaleras, y en las afueras, se dirigieron al cobertizo donde guardaban sus dos caballos. Partieron a todo galope...

Rock Gambler, en el suelo, gruñó frases confusas, frotándole la nuca. Sentóse, aun pesaba la cabeza.

De pronto se puso en pie, vacilante, pero colérico... Disipó el resto de torpeza de su cerebro, el ver correr una diminuta silueta infantil.

—¡Lilian! —exclamó, corriendo tras la niña que se alejaba carretera adelanté—. ¡Lilian!

—¡Mamá! —gritó ella, aun más asustada. Pero súbitamente se detuvo. Había reconocido la voz de su amigo de aquella tarde.

Rock Gambler la cogió en brazos y rápidamente se internó entre los árboles.

—¿Te persiguen?

—No sé, señor... Vino un hombre con un trapo negro en el rostro. Yo escapé, porque él discutía con los dos otros malos que...

—Baja la voz, Lilian. Mira, tú vas a ser buena chica. Escóndete donde yo te diré. Junto a mi caballo. Un hermoso caballo bueno. Yo volveré enseguida. Anda, hazlo por mí. Voy... en busca de tu muñeca.

—Así sí te dejo que vayas y me dejes sola. Pero vuelve pronto, porque me da miedo estar sola aquí en el bosque.

—El caballo te protegerá. No hay nada malo en este bosque. Sólo hadas. Aguárdame y cierra los ojos contando números.

—Vuelve en seguida, ¿eh?

Rock Gambler corrió hacia el almacén. Al llegar junto a la puerta, crispó la mano alrededor de su látigo.

Fué subiendo, alerta todos los sentidos. Vió la puerta abierta y entró, dispuesto a matar...

Se detuvo, para caer arrodillado junto al enmascarado, cuyo antifaz quitó.

El rostro lívido de Magnus Cork estaba ensangrentado por la herida que en el centro de la frente mostraba un agujero gorgoteante.

—Ganó..., ganó el "Halcón"... —murmuró Cork por entre sus labios.

—No debió, "doc"... Yo lo habría arreglado... ¡Maldito sea usted!

—Gracias... Bendito seas tú "Halcón"... Es lástima que sea médico... Me doy cuenta que la ciencia humana es limitada... Pero

recuérdalo, Rock... muchacho... La paz espiritual la hallarán los hombres cuando... comprendan que la bondad y la ternura son las... verdades primarias... Verdades... Se fueron los dos..., con la muñeca y los brazaletes... al "Nido de las gaviotas", en Baltimore... Déjalos, Rock... Morirán por la maldición de Laffitte... Sigue otro camino...

—No hable más. Magnus. Yo le llevaré a que le curen...

—Fui un buen médico..., si mal bandolero soy... De tres disparos, dos en el cuerpo... Pero el tercero me dió... fuera del chaleco... Buena suerte, Rock... Coge mi bastón... Me recordarás... y te servirá... Buena suerte, "Halcón". Buen muchacho, Rock...

Rock Gambler levantóse. Se pasó el dorso de la mano por los párpados.

—¡Maldito "doc"! —carraspeó—. Un entremetido... Gracias, Magnus Cork, en nombre de la madre del "Halcón".

Y la diestra del que en vida había sido el profesor Magnus, recibió un vigoroso apretón. Los reflejos rojizos de la linterna parecieron distender en sonrisa apacible los labios de Magnus Cork.

Colocando el antifaz bajo el sombrero y recogiendo el bastón, levantó Gambler el cuerpo de Magnus Cork, manteniéndolo abrazado con un solo, brazo.

Descendió las escaleras, y, con una plegaria postrera, musitó:

—Bondad y ternura... Tú las poseías, Magnus Cork..., y, por eso quiero que la maldición de Laffitte se cumpla. Los que te mataron, conocerán la angustia peor que la más cruel agonía. Su ambición se cree ya victoriosa. "El Halcón" les hará justicia. La que se merecen. Les dejara que se enajenen al borde del triunfo... "El Halcón" ayudará a que se cumpla la maldición de Laffitte.

Pero cuando un montón de tierra, recientemente removida, ocultó para siempre los restos mortales de Magnus Cork, Rock Gambler olvidó por un instante la maldición de Laffitte.

—Hallaste la paz, Magnus Cork. Esta paz que los que se llaman estúpidamente hombres no saben hallar más que en la muerte.

Lilian Trevors contaba despaciosamente:

—...mil doscientos tres, mil doscientos cuatro, mil doscientos cinco...

—Ocho en aritmética, preciosa.

Abrió ella los ojos, ya confortada. Pero exclamó, irritada:

—¿Y mi muñeca?

—Se la llevaron, los dos malos.

—¡Malos! ¿Cuál, de ellos? ¿La mujer gruesa, el hombre sapo, o el del trapo negro en la cara?

—El hombre del rostro cubierto era tu amigo, Lilian. Vino a salvarte. Es un bonito cuento de hadas, Lilian —y subió Gambler al caballo, manteniendo sentada en su antebrazo derecho a la niña, que se le abrazaba al cuello—. Ahora vamos a casita, donde mamá espera. Por el caminó tú me contarás la historia del saltamontes y la libélula. Y yo te contaré la historia del "Halcón".

—Bueno, pero, ¿y mi muñeca? Cogera frío...

—"El Halcón" te la devolverá.

—¿Quién es "El Halcón"? No te oigo bien. Acerca más tu boca a mi oreja. Este caballo, hace mucho ruido.

—Porque es bueno y tiene prisa en llevar la alegría a una madre. A tu mamá, ¿sabes?, que está esperándote. Pues "El Halcón" es un caballero enmascarado que salva a las niñas, defiende a las madres y lucha contra el malo.

—¿Cómo Sir Gallahad, el de la armadura de brillantes?

—Si Pero no quiere que le reconozcan y por eso se cubre el rostro.

—Era más pequeño que tú, y de cabellos castaños. Lo vi... ¿Y él ha ido a buscar mi muñeca?

—Sí. Te la enviará cuando la tenga. Me lo ha prometido. Y ahora cuéntame tú la historia del saltamontes.

—Tengo sueño, señor. ¿Cómo te llamas?

—Rock.

—En tus brazos estoy bien, Rock. ¿Sabes que eres muy guapo?

—Nunca..., nunca me ha halagado tanto un piropo. Duerme, Lilian.

Cuando Lilian Trevors despertó, fué porque un aluvión de besos humedecía su rostro. Y viendo llorar a su madre, preguntó intrigada:

—¿Te apena que perdiera la muñeca, mamá?

—Eso es, hijita —e Irene Trevors apretaba contra sí a la niña, como si temiera perderla de nuevo.

—Los malos escaparon perseguidos por "El Halcón", mamá. Un caballero como Sir Gallahad..., pero sin brillantes ni coraza. Llevaba un trapo negro que parecía un pájaro... Y ahora, Rock, puedo contarte la historia del saltamontes.

Irene Trevors, mientras oía a su hija contar a su modo las aventuras de la libélula y el saltamontes, contemplaba de vez en cuando la expresión atenta con la que Rock Gambler escuchaba.

Y al consentir Lilian en comer algo al terminar, y quedarse sola ella con el aventurero, levantóse para tender las dos manos:

—¿Qué puedo decirle, Rock Gambler?

—Nada. Es al "Halcón..." Fué él. Ya oyó usted a su hija. Le conozco y quiso ayudarme. Si no hubiera sido por él..., quizás hubiese fracasado. Pero ya puede estar tranquila. Ningún peligro para usted y la niña, porque "El Halcón" entregó a los alemanes los brazaletes. Estimó que era preferible que ellos saciaran su ambición, a que siguieran echando una sombra sobre dos seres inocentes, tal como quería Templeton. Y ahora creo, señora, que ya estoy de sobras. Sí, me conozco, y posiblemente volvería a ser molesto.

—Usted no puede ya nunca molestarme, Rock Gambler. Le he visto hablar con mi hija.

—Ella tiene seis años y usted..., ¿pongamos veintidós? Es demasiado crecida ya para que me sienta yo amable con usted... Sería una amabilidad desprovista de candor.

Sonrió ella, estrechando las dos manos de Rock Gambler.

—De toda esta tragedia de los "Pulsos de Oro", siempre recordaré que mi hija, a la cual creí perdida, está conmigo. Y por ella, viviré. Y cuándo ella me pida alguna historia nueva, le contaré la del caballero moderno, la del aventurero que, bajo la máscara de un aparente cinismo, sabe olvidar su diabólica sonrisa para mirar a una niña, y salvarla.

—Tiene seis años... y no sabe jugar al *poker*.

—No le enseñaré. Y cuando en su azarosa existencia, vuelva usted a encontrarse con su amigo, el bandolero del Sur, dígame que una madre reza por él.

Inclinase Rock Gambler.

—Señora, sé que para "El Halcón" ésta es la mejor de las recompensas. Buenas noches. Felices sueños... y no añada una sola palabra. Quiero conservar el recuerdo de su última frase. "El Halcón" es muy romántico y estoy seguro de que será capaz de emocionarse oyendo su última frase. Buenas noches y felices sueños.

—¿No se despidió de Lilian?

—No puedo permitirme abusar de mi corazón. Lo necesito tranquilo y sin latidos a destiempo.

—Entonces... adiós, Rock Gambler. Y también en mis plegarias rezaré por usted, para que halle una niña grande que borre para siempre de su rostro la sonrisa que la vida, con sus zarpazos, ha grabado en sus labios.

Impulsivamente avanzó ella, y empujándose sobre la punta de los pies besó en la mejilla al aventurero.

—Mi beso de niña grande, Rock Gambler. Adiós.

Acariciándose la mejilla, salió Gambler. Poco después, llevando al paso a "Brujo", monologó:

—Mis pulsos no son de oro, "Brujo". Creí que lo eran..., pero veo que laten agradablemente cuándo por la piel se desliza el contacto de besos de seres infantiles... ¡Galopa, "Brujo"! ¡Aun hay esperanzas! ¡No tengo oro en los pulsos, sino sangre! Y él caballero "Halcón" me ha transmitido su dulce veneno romántico... Pero es hermoso, "Brujo", vivir románticamente... Da calor en las venas... ¡Galopa, "Brujo"!... Vamos a contemplar la merecida agonía de los "Pulsos de Oro".

PRÓXIMO EPISODIO:

LA CONJURA DE LOS PISTOLEROS

Es propiedad de los derechos

Impreso en los Talleres Gráficos de **EDITORIAL BRUGUERA** - Proyecto, 2 - Telf 82981 -
Barcelona

El **PIRATA NEGRO**

GIGANTESCA FIGURA DE LA PIRATERÍA DEL SIGLO XVII

Su temeridad sin límites, su vitalidad desbordante, su temple incomparable, le permiten llevar a cabo las más colosales empresas.

El triunfo siempre sonríe a **EL PIRATA NEGRO**

No es una novela más de Piratas y Corsarios sino la mejor de su género, porque en cada página palpita un interés creciente y una emoción nueva, y cada aventura tiene un desenlace sorprendente e inesperado.

MÁS DE 50 EPISODIOS PUBLICADOS ATESTIGUAN EL ÉXITO DE ESTA COLECCIÓN

- | | | |
|-------------------------------|---------------------------------|---------------------------|
| 1. La espada justiciera. | 18. Montbar, el exterminador. | 35. Angus el tenebroso. |
| 2. La bella corsaria. | 19. La tumba de los caballeros. | 36. La furia española. |
| 3. Sucedió en Jamaica. | 20. Frente a frente. | 37. Dos españoles en l. |
| 4. Bruzo de hierro. | 21. Esclavitud y rescate. | 38. Intriga macabra. |
| 5. La carabela de la muerte. | 22. Deuda saldada. | 39. La mujer vampiro. |
| 6. El Leopardo. | 23. El holandés fantasma. | 40. El castillo de Civry. |
| 7. Cien vidas por una. | 24. "Mezomorto". | 41. Los cuervos. |
| 8. La bahía de los tiburones. | 25. Mares africanos. | 42. Odisea en Italia. |
| 9. El corso maldito. | 26. Enemigos irreconciliables. | 43. Los cuatro dogos. |
| 10. Rebelión en Martinica. | 27. La ciudad invisible. | 44. La princesa azul. |
| 11. Los filibusteros. | 28. El capitán Lezama. | 45. Tres amores. |
| 12. La primera derrota. | 29. Contra viento y marea. | 46. Escala en Tenerife. |
| 13. La dama enmascarada. | 30. Manopla de terciopelo. | 47. Los negreros. |
| 14. Los tres espadachines. | 31. El caballero errante. | 48. Rumbo al Caribe. |
| 15. Los mendigos del mar. | 32. Sucedió en Sevilla. | 49. Rebelión criolla. |
| 16. El Rey de los Zingaros. | 33. La tizona toledana. | 50. El hijo del Pirata. |
| 17. Noches fantasmuales. | 34. Máscara de flores. | 51. El Chacal. |

UN VOLUMEN QUINCENAL, TRES PESETAS

EDITORIAL BRUGUERA BARCELONA

[←1]

Ver *El Bonaparte americano*